

# La Ilustración Artística

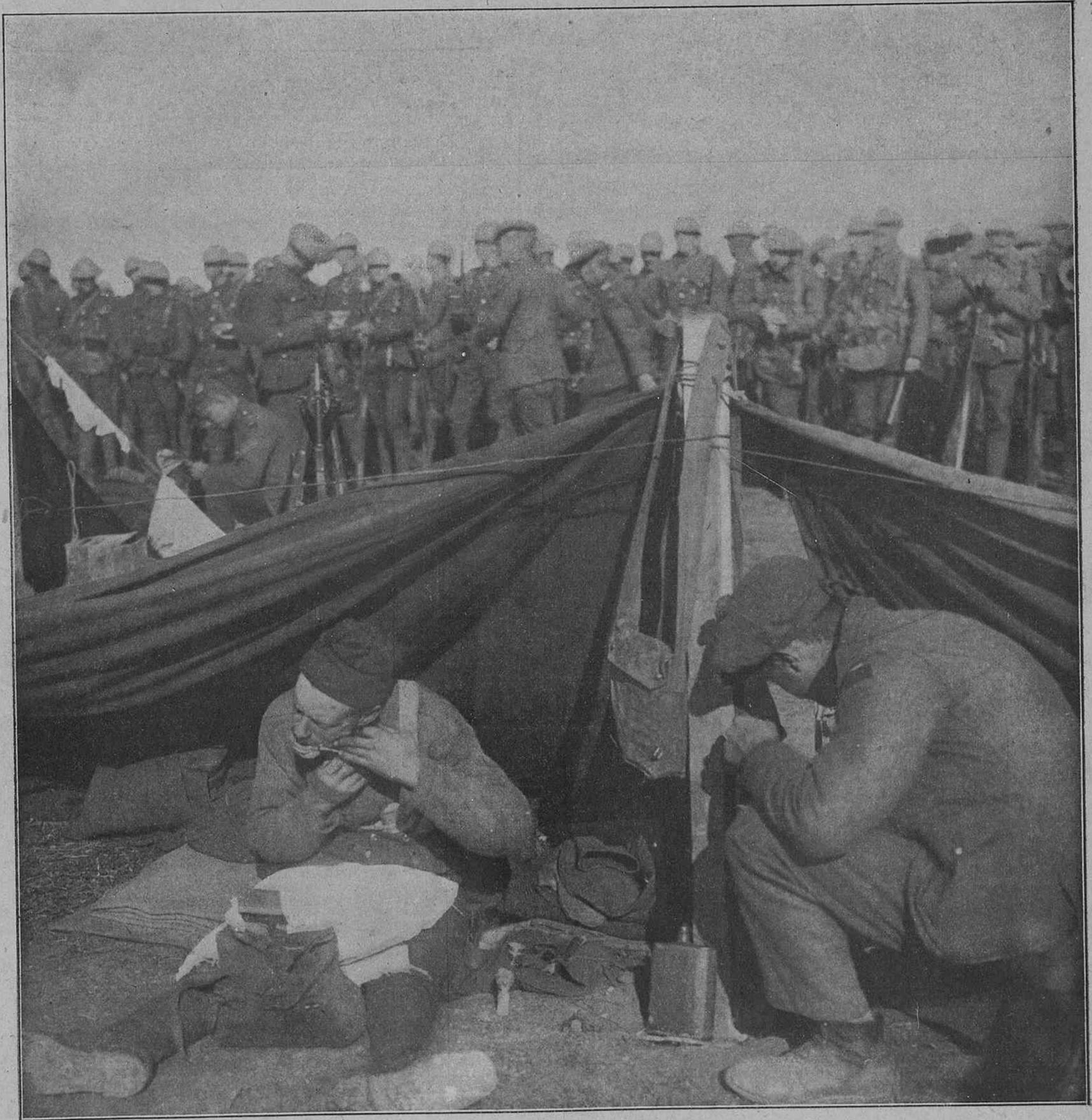
AÑO XXXV

← BARCELONA 11 DE DICIEMBRE DE 1916 →

NÚM. 1.824

LA GUERRA EUROPEA. - EN EL FRENTE OCCIDENTAL

(De fotografía oficial remitida por Carlos Trampus)



Soldados canadienses afeitándose, por la mañana, en el interior de una tienda de campaña

Cuanto han visitado los campamentos en donde están instalados los soldados ingleses y aun las trincheras en donde combaten, se han mostrado sorprendidos de la vida que aquéllos hacen y que tanto se diferencia de la que suelen hacer los demás ejércitos combatientes. Diríase que para los *tomys*, que con este nombre se designa a los ingleses que hoy luchan por su patria, la guerra no es más que un *sport* que, salvo en circunstancias muy especiales, no les impide dedicarse a sus habituales prácticas, singularmente a las que a su aseo e higiene personales se refieren.

Por esto constituye un espectáculo no ya muy frecuente sino ordinario el que reproduce el grabado adjunto, en presencia del cual nadie diría que esos soldados acaban de combatir o están a punto de entrar en batalla, sino que forman parte de algún ejército en maniobras.



Los guerreros con férrea armadura resistieron ataques a porfía; pero fueron vencidos desde el día que las damas usaron **PECA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

**BARCELONA**

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar  
**EL CIERVO y MANOC**  
**EL LEÓN de J. Samsó**  
**EL PERIQUITO**  
 de C. Massó  
 Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

**ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS**  
 Teléfono 1708  
 Dirección telegráfica: **SAMOCA**

# NAIPES COMAS

**FINOS**  
 DE HILO Y UNA HOJA  
 — DE LA —  
 Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA **Vda. de A. Comas** Casa fundada en 1797  
**SEBASTIÁN COMAS Y RICART**

**BARCELONA.-Calle de Lauria, núm. 4**

## EL INGENIOSO HIDALGO Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

## CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN

## MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

**ME PNE**

REGISTRADA

Fábrica sin sucursal

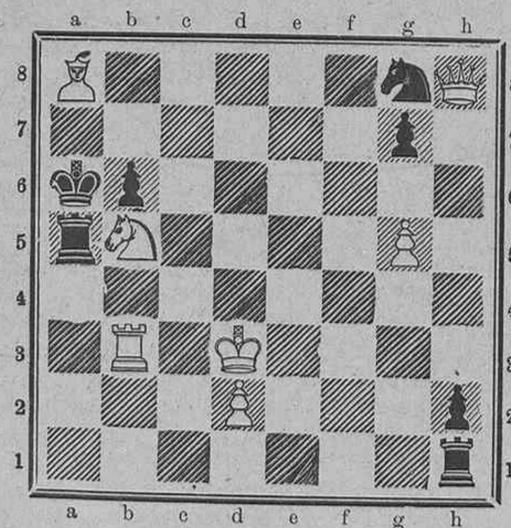


Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

### AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 708, POR G. HEATHCOTE

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 707, POR S. HERLAND

Blancas

Negras

1. b2-b4
2. D e3-e4
3. C d4 juega mate.

1. R d5-c4
2. Cualquiera.

1. ...
2. D e3-d3
3. C d4 juega mate.

1. d3-d2
2. Cualquiera.

VARIANTES

1. ... A g4x e6 jaq. Otra jugada.

2. DxA jaq. etc.
2. D e3-e5 jaq. etc.



**Renaud Germain**  
 PERFUMISTAS

Nuevos extractos para elpañuelo  
**MÁGICO-LABERINTO**

Perfumes suaves e intensos

Barcelona



LABERINTO

# La Ilustración Artística

Año XXXV

BARCELONA II DE DICIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.824

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA FRANCESA CONTEMPORÁNEA

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



REGRESO DE LOS REBAÑOS EN CAMARGUE, cuadro de Eduardo Doigneau

existente en el Museo de Bangkok (Siam)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Los artistas franceses*. Eduardo Doigneau. — *La guerra europea*. — *Madrid. Solemnas funerales por el alma del emperador Francisco José I de Austria-Hungría*. — *El ciego Silvestre* (novela ilustrada; continuación). — *Viaje de S. M. el Rey a Menjíbar y a Sevilla*. — *El pantano de Riudecañás*. — *Barcelona. Exposición Gili Roig*. — *Grandes inundaciones en las provincias de Levante*.

**Grabados.** — *Regreso de los rebaños en Camargue; Hijos de pescadores en el Finestere; La yegua vieja; La carreta de siltimbanguis; Tipos y costumbres bretones; Ante la mezcquita de Brus; Estudio para el cuadro «Halconero árabe»; Danza de muchachas de Port l'Abbé*, cuadros de Eduardo Doigneau. — *La guerra europea*. — *La divina alianza*, cuadro de F. G. Swaish. — *Durante la cacería*, cuadro de J. R. Wehe. — *Madrid. Solemnas funerales por el alma del emperador Francisco José I de Austria-Hungría*. — *Viaje de Su Majestad el Rey a Menjíbar y a Sevilla*. — *El pantano de Riudecañás*. — *Barcelona. Exposición Gili Roig*. — *Grandes inundaciones en las provincias de Levante*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Congreso está estos días animadísimo, y sería un regalo asistir a las sesiones. Hablan los primeros oradores y de cuestiones interesantísimas, de capital trascendencia. Pero... ¿quién va al Congreso? Sólo una persona completamente desocupada, que tenga por suyas las veinticuatro horas del día natural.

Las tribunas del Congreso son completamente absurdas, y parecen construidas para estorbar que se vea y que se oiga. Su enorme reborde, su forma anticuada, restan todos los elementos de facilidad y comodidad para darse cuenta de lo que pasa en los escaños y en el banco azul. Sólo en la primera fila se puede estar medianamente. Y el que no se adelanta cuatro horas no consigue esa primera fila.

Lamento que los asientos de las tribunas no se puedan comprar como las localidades de los teatros. En este caso, sería una concurrente asidua. De otro modo, hay que renunciar. Confieso que me sería grato oír discutir los proyectos del ministro de Hacienda, que tan graves escollos ofrecen, a mi humilde entender. No soy ninguna autoridad en estas materias, pero hay cosas para las cuales basta un poco de buen sentido.

Y hay algo más: y es que no pueden entusiasmar los proyectos en que la acción fiscal es tan dura que llega a ofrecer los caracteres de despojo, cuando el empleo de la recaudación a que se aspira sábase de antemano que ha de ser en gran parte para aumentar plantillas y ensanchar caminos para que viva del Estado mayor número de gentes. Estas son las grietas a que aludieron Maura y Urzáiz, al hablar de la inutilidad de querer llenar un estanque, dejando de macizar las fisuras por donde se va el agua.

¡Y ojalá se creasen millares de destinos, si al menos recayesen en gente laboriosa y que los desempeñase a conciencia! Digo esto, porque, al crearse esos millares de destinos, tal vez consiguiese yo poder dar alguno a los centenares de personas que acuden a mí en demanda de que les «coloque», de que les haga «entrar» en alguna parte.

Y tanto sirvo yo para eso, como para dirigir un submarino: y no logro que se persuadan de tan sencilla verdad. Los destinos los dan los políticos, no los literatos a secas. A pesar de repetir esto en todos los tonos, no consigo que lo entiendan los innumerables solicitantes que a mí se dirigen.

Y aun hay otra verdad de que quisiera convencer a los que me escriben cartas exponiéndome lo precario de su situación: y es que aun cuando, por milagro, yo dispusiese de un destino, el encontrarme con él en la mano sería como buscar mendrugo en cama de galgos. Todo el mundo tiene a su alrededor, entre sus familiares, alguien que se ve en necesidad; y si puede, por ley natural, ayuda a ése, antes que a otro. No es fácil, en cambio, que para el que desde lejos y siendo totalmente desconocido reclama la consabida «colocación» se halle ésta preparada, espolvoreada de harina y pronta a caer en la sartén... Es indudable que tan sencillos datos no los tienen presentes los que desde diversos puntos de la Península demandan que les solucionen su conflicto y les resuelva su situación, «colocándoles».

Hay además en esto un error de óptica semejante al que padecen innumerables ciudadanos españoles, que me piden algo más directo y personal, el auxilio en metálico. Porque mi nombre es conocido, se dirigen a mí, sin comprender que por lo mismo, por ser conocido mi nombre, he llegado ya al grado máximo de peticiones, y hace largo tiempo que está agotada mi potencialidad. Aun cuando yo fuese, por influencia política, el Presidente del Consejo de Ministros, y por dinero, Rothschild, ya toda mi influencia y todo mi dinero estarían distribuidos

como bizcocho, sin que cupiese añadir una sola partida al presupuesto. Algún día, no siéndome grato dejar sin respuesta a nadie, imprimiré en un papel todo esto que acabo de escribir, y sencillamente contestaré con mi impreso a todos los petitorios. Y verán ustedes que ni aun así...

\*\*

He escrito el nombre de Rothschild, y, al hacerlo, pienso en mi amigo D. Gustavo Bauer, que acaba de morir en su magnífica finca de la Alameda, antes propiedad de los duques de Osuna, esa casa *princiére* cuyos despojos hemos visto dispersos al azar de las hipotecas y de las ventas. Ha sido una suerte que la Alameda de Osuna, donde tantas veces galopé cuando salíamos a caballo por las tardes, en los comienzos de la juventud, cayese en manos de los Bauer, porque de otro modo era fácil que alguna empresa industrial, o algún aburrido establecimiento benéfico o Sanatorio médico desnaturalizasen esa bella finca señorial, donde los duques de Osuna de antaño eclipsaron a Fernando VII y le dejaron deslumbrado y no sé si envidioso de su lujo y su esplendor.

Los Bauer, respetuosamente, conservaron el carácter de la posesión, y se guardaron de modificar en ella lo que le presta ese aire indefinible de grandeza y de época, que encanta. Lo único que hicieron fué mejorar la parte de jardín y arboleda, convirtiendo en un oasis aquel trozo de tierra que, abandonada, pronto sería erial. Y el cogollo de la buena sociedad de Madrid ha ido por las tardes a la Alameda, a tomar el te con la señora de Bauer, que es una de las damas más distinguidas, inteligentes y buenas que he conocido en Madrid.

Eran además los Bauer sumamente caritativos. No es un lugar común de crónica: es que, en efecto, esta familia tenía las manos abiertas a la limosna. Su gran fortuna se lo permitía; pero no todos los que disponen de una gran fortuna están prontos a la caridad. Son más los que derrochan en necios placeres o atesoran sin objeto, para que lo goce algún sobrino juerguista. En esto, como en todo, hay mil rarezas, mil anomalías. Además, los señores de Bauer eran verdaderos e inteligentes protectores del arte. Su casa de Madrid constituía un museo, lleno de obras maestras, antiguas y modernas también.

En esto se parecían a los multimillonarios banqueros a quienes representaba D. Gustavo Bauer: porque también los Rothschild han ejercido la beneficencia y hecho donativos cuantiosos a los museos de París, llegando a amueblar, decorar y llenar salas enteras en el Louvre.

Así, los señores de Bauer habían llegado a ser en Madrid un elemento social de los mejor vistos y respetados, y gozaban de universales simpatías. La muerte de D. Gustavo produjo triste impresión. No era viejo, pero una enfermedad tan extendida como destructora minaba su organismo. Hace dos años fué a Mondariz buscando alivio a la diabetes que le consumía y gastaba sus energías físicas. Al pronto, las maravillosas aguas le devolvieron peso, alegría y vigor. Pero, más tarde, el mal siguió haciendo estragos, y ha venido a tener ahora fatal desenlace.

\*\*

También cayó en la eternidad el Emperador Francisco José de Austria.

En los actuales momentos produce doble impresión un hecho por otra parte tan natural como el fallecimiento de un anciano cargado de años y que, si bien robusto y de excelente fibra, no podía menos de resentirse del desgaste inherente a la avanzada edad y a las impresiones morales tristísimas que debió de sufrir en diversas ocasiones. Porque hubo (en la vida de un Soberano que era para tantos de sus súbditos como un ídolo y una figura visible de Dios), grandes desventuras y tragedias crueles.

Yo pude ver, y bien despacio, a Francisco José y a su consorte, la «divina» Isabel, en el año de 1873, cuando asistí a la Exposición de Viena. Por entonces supongo que eran felices, y el Emperador estaba en la fuerza de la edad; tendría sobre cuarenta y tres años.

Con gran trabajo habíamos conseguido unas localidades algo decentes y cómodas para asistir al *Imperial Theater*, si no recuerdo mal el nombre del Coliseo: lo equivalente a nuestro Teatro Real. Se cantaba *El barco fantasma*, de Wágnner, y yo jamás había oído música del maestro. La noche me dejó inolvidable impresión, no sólo porque (desmintiendo esa leyenda de que para entender a Wágnner hay que ir a Salamanca, y no sé si a otras Universidades), yo entendí perfectamente y desde el primer

momento que aquello era sublime, sino porque vi, en el largo espacio de tres entreactos, a la pareja imperial.

Ella era realmente un milagro de hermosura y de elegancia, y creo que superaba a la Emperatriz Eugenia en gallardía, mostrando un escote perfecto, de diosa, lo cual no le sucedía a la consorte de Napoleón III. Llevaba suelta, tendida completamente por las espaldas, la mata de su magnífico cabello castaño, ondulado y con ricos reflejos; y una diadema de estrellas de brillantes fulgía en su frente. Vestía de moaré azul, de un azul verdoso, intenso, como de agua de mar, y un gran collar de brillantes caía sobre el raso de su pecho. Sus guantes eran, según la moda de entonces, cortos, y sólo hasta un poco más arriba de la muñeca cubrían el mórbido brazo.

El Emperador lucía su blanco uniforme, pero no sabré decir de qué cuerpo, pues este recuerdo se me ha borrado. Toda la atención era para la Emperatriz, aparición radiante en que se unían los prestigios y las grandezas terrestres...

¡Pobre Soberana! También ella, como *Senta*, la heroína del libreto wagneriano, llevaba en el alma una leyenda; una balada nostálgica, llena de misterio y de romanticismo. También en ella, como en el protector y amigo de Wágnner, el Rey virgen de Baviera, existía el germen del delirio estético, del sueño poético, casto, pero sin fundamento dentro de la realidad. — No sé si será anécdota sin fundamento la que quiere que la Emperatriz, al saber la catástrofe en que perdió su hijo la vida, se arrojase a los pies del Emperador, exclamando deshecha en lágrimas: «Señor, perdonadme haber traído la locura a vuestra familia.» Sea o no invención pintoresca de dramatizantes de la historia, parece que cabe en lo verosímil, y es sin duda por Baviera por donde vino a la casa Imperial de Austria ese fermento terrible, lírico y romántico.

Los estetas y decadentistas hicieron de Isabel de Baviera una divinidad. Y, cuando la elevaban a tal altura, era cuando la mísera Soberana buscaba en sus sueños de arte y belleza un consuelo para la soledad profunda de su corazón. Sería, creo, contrario a la verdad decir que Isabel de Baviera no se disoció, en el último tercio de su vida, del hogar y hasta del trono; que no contrajo ese miedo a la realidad que sufrieron algunos individuos de familias reinantes, en la activa disolución de todos los principios que ha marcado el proceso ideológico del siglo XIX. Nada hizo de malo la desdichada Emperatriz; y hay profunda simpatía en su manera de vivir, en una isla encantada, entre lecturas de Homero. Sólo que no es éste el papel de las testas coronadas, — y menos ahora.

Como quiera que sea, su muerte fué el degüello de una paloma, la inmolación de una oveja inofensiva. A nadie hacía daño, y el puñal no la perdonó. Puñal doblemente alevoso, puesto que el asesino no ignoraba que en Suiza no existe la pena de muerte...

No creo que, en la marcha de la guerra, influya mucho la falta del histórico Emperador. Tiene heredero, y es de presumir que se trate de un hombre que, por hallarse en edad más vigorosa, podrá hacer frente, igual o mejor, a la situación en que se encuentran los Imperios centrales. Acerca de cuál sea esta situación, ya saben ustedes que hay tantos pareceres como personas. Unos entienden que nos amagan todavía cuatro años de guerra; otros, que hecha la paz separada con Rusia, la guerra será asunto de cuatro meses. Éstos afirman que Alemania será laminada; aquéllos, que le pertenece la victoria. Yo sólo ansío que el desenlace sea lo más rápido posible. Claro es que tengo mis simpatías; pero ¿qué importan mis simpatías al caso de la guerra?

Sólo sé, en concreto, que van muertos más de cuatro millones de hombres; que están mutilados ocho millones, y heridos once o más. La suma de dolor que cabe en estas cifras, calcúlela cualquiera. No se ha visto tal carnicería.

Decíame ayer Ricardo León, que había visto las mujeres polacas, a las cuales los rusos acuchillaron y que milagrosamente escaparon con vida. Parece que su cuerpo era un pentagrama, todo rayado de cicatrices. Pero, a renglón seguido, añadía que, en el otro bando, se podían registrar iguales hechos. La barbarie humana, en casos de guerra, es la misma en todas partes. No hay civilización que valga para evitar este desbordamiento de ferocidad y de sangre vertida, sin más objeto, afirman los entendidos, que *terrorizar*. Dios verá si se ha colmado la medida, si es hora de apiadarse un poco del «mal seme d'Adamo» como dijo el Alighieri.

Porque, desde que la historia es historia, no hubo tal desmoche, ¡y lo que todavía nos rondarán! ¡Miserere!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Es, en verdad, un modo poco vulgar de entrar en materia para un artista el comenzar estudiando en la Escuela Politécnica; y sin embargo este es el caso de Eduardo Doigneau.

Pero ¿acaso Ernesto Hebert, exdirector de la Villa Médicis en Roma, no había sido un aventajado estudiante de Derecho antes de ser el artista admirable que fué, andando el tiempo? Y Armando Sylvestre y Marcelo Prevost, ¿no fueron también politécnicos como Doigneau?

No es temerario afirmar que cuando un genio travieso y caprichoso y sobre todo no desprovisto de perspicacia ha rozado con sus alas un ser privilegiado, tenga éste el alma de un artista, de un pintor, de un literato o de un poeta, su destino ha de cumplirse. El de Eduardo Doigneau debía orientarse naturalmente hacia regiones menos abstractas, más en armonía con sus gustos, su temperamento y su educación primera; que, al fin y al cabo, no se nace en vano en un medio en donde se cultiva el arte. El padre de Eduardo Doigneau era un talentoso escultor de animales que llegaba más fácilmente a dominar las dificultades de su arte que a vencer su modestia. Era especialmente conocido y estimado como arqueólogo, y su ciudad natal, Nemours, ha perpetuado la memoria de su hijo ilustre elevando en su honor un monumento.

De manera que, siendo niño, Eduardo Doigneau tenía ya la sensación de la Belleza. Por otra parte, las frescas y risueñas orillas del Loing, que baña Nemours; el inmediato bosque de Fontainebleau, todavía lleno de los recuerdos de los maestros paisistas de la Escuela de 1830, habían de hacerse cómplices del genio bienhechor que guiaba los primeros pasos de nuestro artista. Allí comenzó Eduardo Doigneau a cortar sus lápices y a dibujar, y allí pintó sus primeras acuarelas bajo la inspección de su padre, que lo menos que podía hacer era alentar las aficiones de su hijo a pesar de destinarlo a la carrera de las armas.

Entró, pues, Eduardo Doigneau en la Escuela Politécnica, en donde hizo serios estudios y de la que salió oficial de artillería.

Pero un día y a pesar de que alegraba la monotonía de la vida de guarnición con algunos croquis y algunas acuarelas que vemos fechadas en Orleáns, en el Havre y en Tolón, solicitó el retiro para consagrarse por entero a sus ocupaciones favoritas, a su arte, por el que sentía verdadera pasión y que venció sus últimas vacilaciones.

Tenía entonces Eduardo Doigneau treinta años, edad en la que algunos artistas se han revelado ya

y hasta impuesto. Mas no fué ello óbice para su carrera de artista, porque en él se reunían todos los elementos necesarios para recuperar el tiempo perdido, avanzando, por decirlo así, a escape.

Así lo demostró, aunque sin precipitar nada en

ción del nuevo alumno no podía ser más afortunada: la enseñanza de tal profesor era la que realmente convenía a las ideas y al carácter de Eduardo Doigneau, hoy maestro en su arte.

Casi inmediatamente, en el año 1900, es admitido por vez primera en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses con su cuadro *El camino de Ploumanach*, lienzo que llamó mucho la atención y que se encuentra actualmente en el Museo de Chatillon-sur Seine.

En el Salón de 1904 obtuvo una tercera medalla: en él expuso, en la sección de pintura, *En Bretaña, el río*, y su *Guardián de Camargue junto a los muros de Aigues-Mortes*, que causó la admiración de Mistral cuando éste lo instaló en el Museo de Arlés; y, en la sección de acuarelas, *En Camargue, el guardián*, que el Estado adquirió para el Museo nacional del Luxemburgo.

Aquello era el triunfo, triunfo que se afirma y embellece en cada nuevo Salón.

Basta para comprobar esto hacer la enumeración de las obras del artista.

En 1905 mencionemos *La vieja yegua*, que está en el Museo de Nemours; y las acuarelas *El campo de Avour*, que pertenece al Estado; *Orillas del Loire*, del Museo de Orleáns; *Muchachas de Pont-l'Abbé (Finisterre)* y *Guardadoras de patos*, del Museo de Reims.

En el Salón de 1906, el Ayuntamiento de París adquiere para sus colecciones del Pequeño Palacio de los Campos Elíseos *Danza de muchachas en Pont-l'Abbé*, y nueve croquis de asuntos de Bretaña.

El *Regreso de los rebaños en Camargue* (1907), hállase actualmente en Siam, en el Museo de Bangkok.

Luego siguen *La jauría*, episodio de caza del bosque de Fontainebleau, que vale a su autor, en 1909, el título de fuera de concurso en el Salón. Del mismo año son *La carreta de saltimbanquis*, del Museo de Uzés, y el *Halconero árabe*, adquirido por el Estado en la Exposición de Marsella.

El Museo de Montpellier posee un *Guardián de toros en Camargue*, que fué expuesto en el Salón de 1910, al mismo tiempo que el *Regreso de las yeguas*, actualmente en el Brasil.

En los últimos Salones, desde 1911 a 1914, causaron sensación algunas escenas de caza tratadas magistralmente por el artista: *Caballos de caza acudiendo al punto de reunión*, *Hallá!*, *Crepúsculo vespertino*, *En el valle* y *La cita*.

Mencionemos también el *Mercado de mulas en Navarra* y varios estudios muy interesantes hechos



El notable pintor Eduardo Doigneau en su taller

un principio; pues tuvo empeño, y en ello se reconoce perfectamente al politécnico, en asentar su arte sobre bases sólidas, profundas y de una alta probidad.



Hijos de pescadores en el Finisterre, cuadro de Eduardo Doigneau que se conserva en el Museo de Ruán

A este efecto, logró ser admitido en el taller de Julio Lefebvre; y preciso es reconocer que la elec-

por Doigneau durante su último viaje a Andalucía.

Cuando surgen en el pensamiento y en la mirada, radiantes y en toda su diversidad, las obras que acabamos de enumerar, tiénesse no la sensación sino el convencimiento de que este pintor es no sólo un artista privilegiado, sino también un observador dotado de condiciones maravillosas.

Ora se encuentre en las orillas del Long o del Loire, ora en el bosque de Fontainebleau; o en el mediodía de Francia, o en Bretaña, en Argel, en Marruecos, en Andalucía o en Navarra, nada escapa a sus investigaciones de artista ni a la agudeza de su visión. Todo es anotado sencillamente, justamente y no sin estilo; y todo es verdad en lo pintoresco de las comarcas recorridas, de las cosas vistas, de los tipos observados y estudiados en su medio propio, con la luz ambiente y el color local que tan bien les sienta.

En el bosque de Fontainebleau, las cacerías cautivan su atención e inmediatamente traduces sus diversas fases con una soltura decorativa de gran estilo. ¡Qué vibrante sinfonía de rojo y verde forman los trenes y las soberbias frondas del bosque, en donde suenan los cuernos de caza! ¡Y los cielos de Provenza, esa deslumbrante luz de Camargue bajo la cual se agitan las

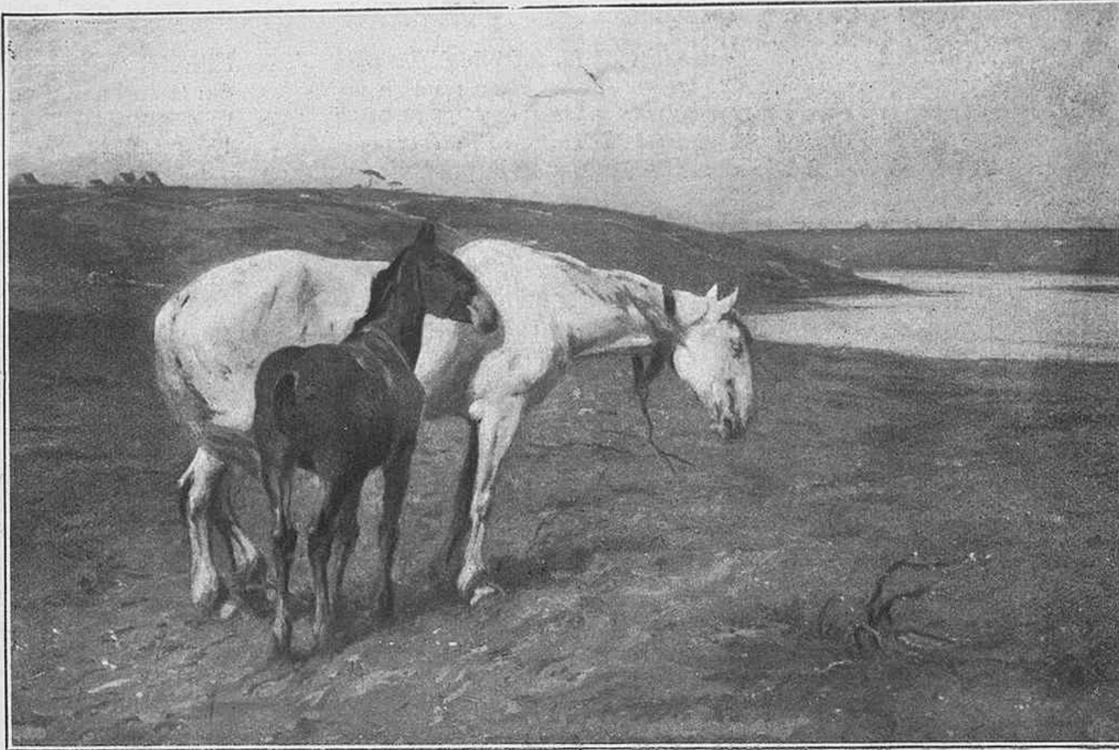
ne, el 13 de octubre de 1905: «He podido admirar en nuestro Museo de Arlatán vuestro *Guardián*, que encanta a todo el mundo por la exacta verdad de su traje, de su apostura, de su hermoso caballo,

diferentes, pero el talento y la personalidad del artista son los mismos.

La individualidad del maestro se impone aún vigorosamente cuando se decide a cambiar de horizonte, a visitar el país de Armor; hay allí también un carácter local que profundizar, que traducir, y Doigneau consigue profundizarlo y traducirlo, sobre todo cuando sorprende a esa población *bigoudenne*, tan curiosa por su carácter atávico, por sus costumbres particulares, por sus extravagantes colores y por su originalidad, que forman un conjunto altamente sugestivo y muy a propósito para retener la atención y el pincel de Doigneau.

No se crea que la vida de este artista excelente sea la de un nómada. Gústantle los viajes y lo imprevisto, pero ama su *home* que ha hecho edificar según planos trazados por él y que constituye, en el barrio Monceau, uno de los más interesantes talleres de París.

Desde los primeros tiempos de la movilización, en 1914, nuestro artista dejó paleta y pinceles y volvió a ser lo que había hecho de él la Escuela Politécnica: un brillante oficial de artillería. Continúa viajando, pero en el frente de nuestros ejércitos, como jefe de escuadrón; y cuando termine la guerra empuñará nuevamente sus pinceles;

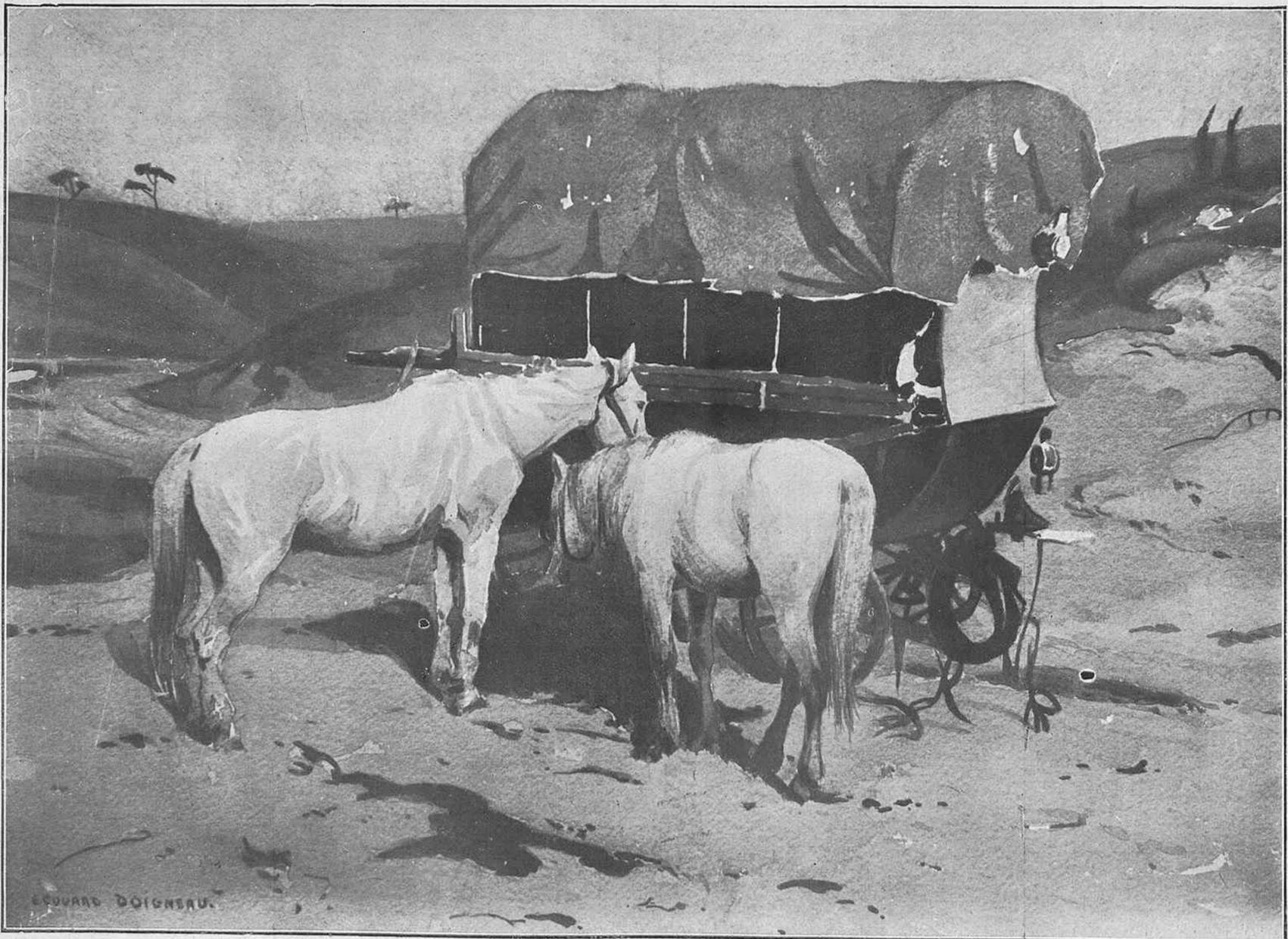


La vieja yegua, cuadro de Eduardo Doigneau que figuró en el Salón de París de 1905 y que actualmente se conserva en el Museo de Nemours

del paisaje que lo rodea (Aigues-Mortes) y del cielo que lo ilumina. Es la perla de nuestra etnografía. Mil gracias en nombre de Provenza. Federico Mistral.»

Con el mismo acierto de expresión y el mismo

los y volvió a ser lo que había hecho de él la Escuela Politécnica: un brillante oficial de artillería. Continúa viajando, pero en el frente de nuestros ejércitos, como jefe de escuadrón; y cuando termine la guerra empuñará nuevamente sus pinceles;



La carreta de saltimbanquis, cuadro de Eduardo Doigneau que se conserva en el Museo de Uzés

pintorescas siluetas de sus tipos! ¡Cuánta verdad, cuánto sentimiento hay en todo ello! El autor inmortal de *Mireille* apresuróse a decírselo a Eduardo Doigneau en la carta que le envió desde Mailla-

sentido de lo pintoresco y del color, recorre Eduardo Doigneau Argel, Marruecos y Andalucía, de donde regresa con gran acopio de estudios. Los lugares, la atmósfera, los tipos de hombres y de caballos son

nuevos triunfos le serán reservados en las exposiciones, y su arte, exaltado por el recuerdo, será más bello todavía.

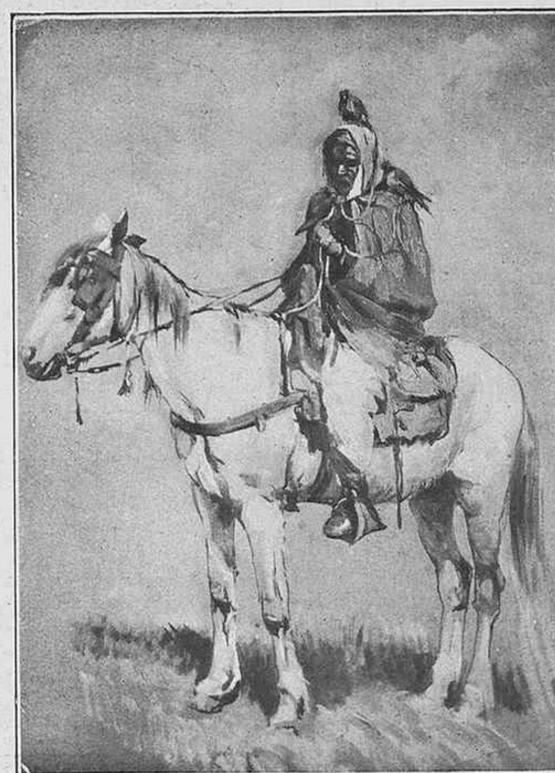
LEOPOLDO HONORÉ.  
París, noviembre 1916. (Fotografías remitidas por el autor.)



Tipos y costumbres bretones. - Los buenos santos de Bretaña



Ante la mezquita de Brusa (Turquía Asiática)



Estudio para el cuadro «Halconero árabe»



Danza de muchachas de Port-l'Abbé, cuadro adquirido por el Ayuntamiento de París para sus colecciones del Pequeño Palacio

## LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías oficiales remitidas por Central News.)

**Teatro de la guerra de Occidente.** — Tampoco en la última semana ha habido operaciones importantes en este frente; sólo la artillería ha funcionado con actividad y, como en el invierno pasado, ha comenzado la lucha de minas.

Los ingleses han rechazado un ataque contra las trincheras de Neuve Chapelle y han penetrado por diversos puntos en las líneas enemigas al Sur de Armentieres.

Los franceses han rechazado algunos golpes de mano intentados por el enemigo contra pequeños puestos de la región de Barleux, al Sur del Somme; y han rechazado un ataque contra una de sus trincheras de Hilsenfirst, al Sudeste de Metzeral (Alsacia).

Los alemanes han rechazado ataques ingleses en Givenchy, al Sudeste de Lens, y en el arco de Iprés y de Wytchaete.

**Teatro de la guerra de Oriente.** — Los rusos han rechazado una ofensiva al Oeste de Riga, una tentativa de avance al Nordeste de Smorgon y ataques al Norte del ferrocarril de Tarnopol a Zolochoff y al Sudeste de Svininchi; han ocupado un saliente de las posiciones enemigas en la región de Gorinitza; y han contenido las tentativas de las avanzadas alemanas para aproximarse a sus alambradas en la región de Chelvoff.

En la región de los Cárpatos selváticos, han emprendido los rusos violentos ataques con objeto de distraer fuerzas germano-austriacas de las que han invadido Rumania y aun con el propósito de envolver el ala izquierda de las mismas. Esto ha determinado una serie de largos y sangrientos combates en los sectores de Kirlibaba y Dorna Vatra, a consecuencia de los cuales han ocupado los rusos una serie de alturas a lo largo de todo aquel frente.

Los austroalemanes, en el frente ruso propiamente dicho, han rechazado ataques en el Zlota Lipa, al Norte de Smorgon, al Sur de Pinsk y en el lago Drisviaty, y en los Cárpatos forestales han rechazado asimismo la violenta ofensiva de los rusos.

**Italianos y austriacos.** — El mal tiempo impide en este frente las grandes operaciones, circunscribiéndose, por decirlo así, la lucha a violentos duelos de artillería. Los italianos han rechazado ataques en el valle de Cella y en el Adigio, contra el pueblo de Santo, y en el Carso han ensanchado su línea en unos 300 metros de profundidad y sobre un kilómetro de extensión.

Los partes austriacos sólo hablan de luchas de artillería.

**En los Balcanes.** Frente macedónico. — Los aliados se han apoderado de la altura 1.050 al Noroeste de Monastir; han realizado con éxito un golpe de mano contra las trincheras enemigas situadas al Noroeste de Makaskow, en la orilla izquierda del Vardar; al Este del Cerna han tomado una altura al Noroeste de Guengota; han rechazado varios contraataques y un intento de avance contra las posiciones conquistadas al Noroeste de Monastir y en Grunitza; y en este último punto han ocupado algunas alturas, obligando al enemigo a replegarse hacia Sparavina.

Los austrogermanobúlgaros han rechazado ataques al Noroeste de Monastir y en Grunitza; han tomado varias trincheras en la región de Gradeski; y han tenido que abandonar la orilla oriental del Cerna, en donde los serbios se han establecido.

**Frente rumano.** Los rumanos han rechazado ataques en el valle de Prahova, en el valle de Oituz, al Sur del Arges y al Sur de Bucarest; han avanzado en los valles de Buzu y Pra-

hova, ocupando en el primero una serie de alturas; han recuperado los pueblos de Comana y Gostinari, que luego han vuelto a perder; y se han visto obligados a retirarse en la Valaquia occidental y en el valle de Dambovitza, retrocediendo hacia Pitesci y Sergoviata; y al Norte de Troitus han tenido

**La guerra naval.** — Según radiograma de Berlín, parte de las fuerzas navales alemanas realizaron en la noche del 26 al 27 de noviembre último un nuevo *raid* hasta cerca de la costa inglesa, hundiendo en las inmediaciones de Lowestoft un buque explorador inglés y regresando a su base sin tropezar en parte alguna con el enemigo.

Según la versión inglesa, seis contratorpederos alemanes se acercaron al puerto de Ramsgate y entablaron combate con un buque explorador inglés, pudiendo retirarse sin ser perseguidos a causa de la obscuridad de la noche. Los buques alemanes hicieron diez disparos que no causaron víctimas y sólo produjeron una pequeña avería en uno de los barcos ingleses.

El día 3 de este mes, varios submarinos alemanes entraron en el puerto portugués de Funchal (isla de Madeira) y torpedearon a los buques anclados en el mismo, habiendo echado a pique el cañonero francés *Surprise* y el vapor inglés *Dacia*. Después del torpedeamiento, los submarinos bombardearon la ciudad durante dos horas; desde una distancia de tres millas, causando escasos daños; las baterías terrestres contestaron, obligando a aquellos a retirarse.

**La guerra aérea.** — Algunos dirigibles alemanes se han aproximado recientemente a la costa Nordeste de Inglaterra, arrojando bombas sobre los condados de Workshire y Durham; uno de ellos fué atacado por un aeroplano inglés y cayó ardiendo en aguas de Durham. Otro atravesó los condados del Norte y de Midland arrojando bombas en diferentes puntos; a su regreso fué descubierto y atacado por varios aeroplanos y los cañones de las defensas, y cayó envuelto en llamas.

**Grecia y los aliados.** — A la exigencia formulada por el almirante Dartigue du Fournet sobre entrega del material de guerra de la que hablamos en la crónica anterior, contestó el gobierno griego con una negativa, en vista de lo cual el día 1.º de este mes desembarcó en el Pireo un destacamento de marinos franceses, ingleses e italianos, desembarco al que siguió el de otras tropas francesas, sin que, al pronto, ocurriese ningún incidente.

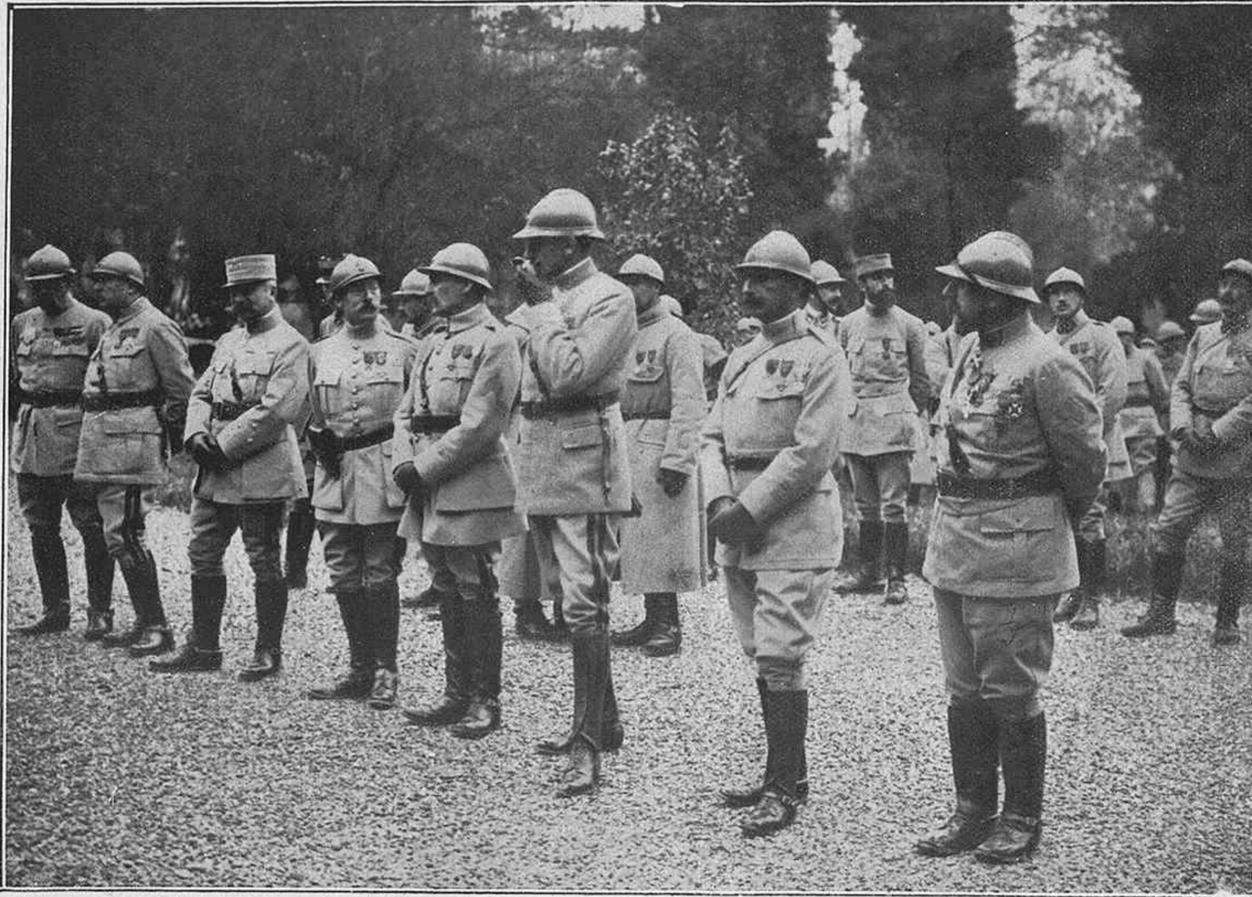
Sin embargo, poco después de efectuados los desembarcos, empezaron a producirse colisiones aisladas, disparando los griegos contra los marinos ingleses que había en Peix y contra los italianos destacados en el cuartel de Roufos, al mismo tiempo que desde una colina inmediata se dispararon algunos cañonazos contra los franceses que había en el Zappeion, causando entre éstos varios muertos y heridos.

En el interior de la capital, grupos de reservistas circulaban por las calles disparando contra las casas de los partidarios de Venizelos, contra las legaciones de Francia e Inglaterra y contra la Escuela francesa.

Los ministros de las naciones aliadas se reunieron en la legación de Francia; pero en vista de que el fuego arreciaba y de que aumentaba la agitación en las calles, los ministros franceses, inglés y ruso se refugiaron en el Zappeion.

La escuadra estuvo disparando toda la noche contra la colina en donde estaban las baterías griegas. La agitación se prolongó hasta la mañana del día 3, en que se restableció aparentemente la tranquilidad, aunque los ánimos continuaban muy excitados.

A consecuencia de estos sucesos, las potencias aliadas han adoptado energías medidas para obtener del gobierno las reparaciones necesarias.



Grupo de generales franceses dispuestos a recibir las condecoraciones que ha de entregarles el príncipe Arturo de Connaught, en representación del Rey Jorge de Inglaterra

que evacuar todas las posiciones últimamente conquistadas.

En la Dobrudja, han atacado en todo el frente, llegando hasta las alambradas de las posiciones enemigas, y han ocupado la cabeza de puente de Cernavoda.

Los austrogermanobúlgaros, prosiguiendo su invasión de Bulgaria, se han apoderado de Curta de Arges, Giurgiu, Pitesci, Campolung, Camana, Gostinari, Targuivestz, Ploesci y últimamente de Bucarest, haciendo numerosos prisioneros

que evacuaron todas las posiciones últimamente conquistadas.

En la Dobrudja, han atacado en todo el frente, llegando hasta las alambradas de las posiciones enemigas, y han ocupado la cabeza de puente de Cernavoda.

Los austrogermanobúlgaros, prosiguiendo su invasión de Bulgaria, se han apoderado de Curta de Arges, Giurgiu, Pitesci, Campolung, Camana, Gostinari, Targuivestz, Ploesci y últimamente de Bucarest, haciendo numerosos prisioneros



Cañones de trinchera alemanes cogidos por los ingleses en Beaucourt-sur-Ancre durante su último avance en el frente occidental

y apoderándose de grandes cantidades de material de guerra y de víveres.

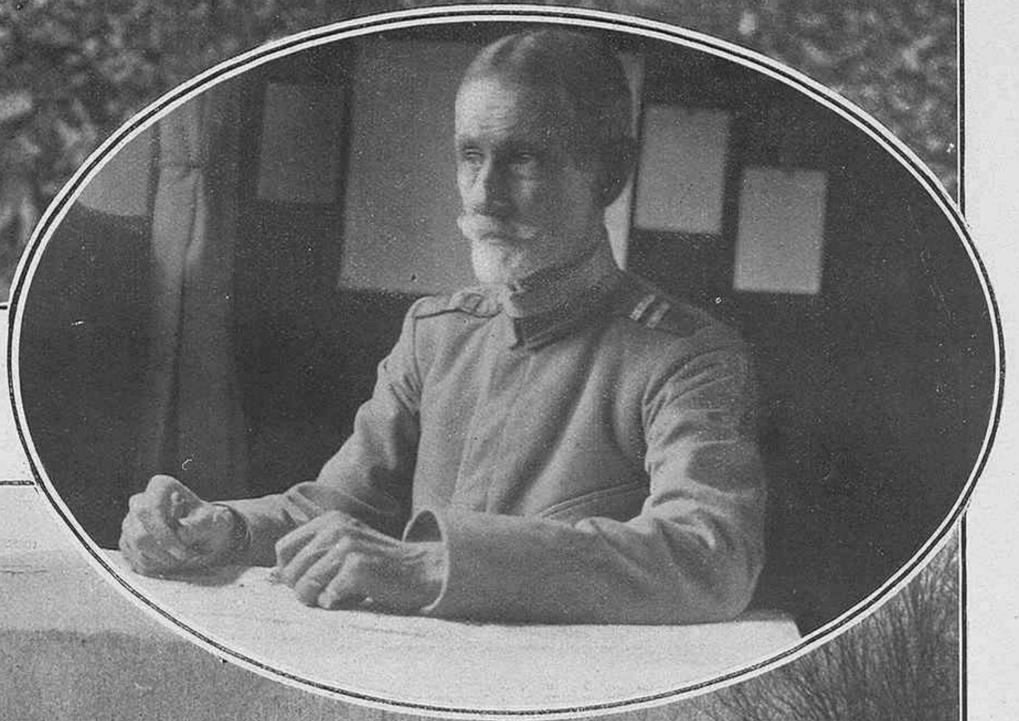
Todos los ejércitos que operaban en las distintas regiones de Rumania se han unido entre el Danubio y las montañas, prosiguiendo juntos su rápido avance en toda aquella nación, de la que ocupan ya toda la parte occidental y meridional y algo de la oriental.

que evacuaron todas las posiciones últimamente conquistadas.

A consecuencia de estos sucesos, las potencias aliadas han adoptado energías medidas para obtener del gobierno las reparaciones necesarias.



Soldados rumanos pasando por una trinchera de comunicación



El general Avaresco, comandante del ejército rumano que opera al Noroeste

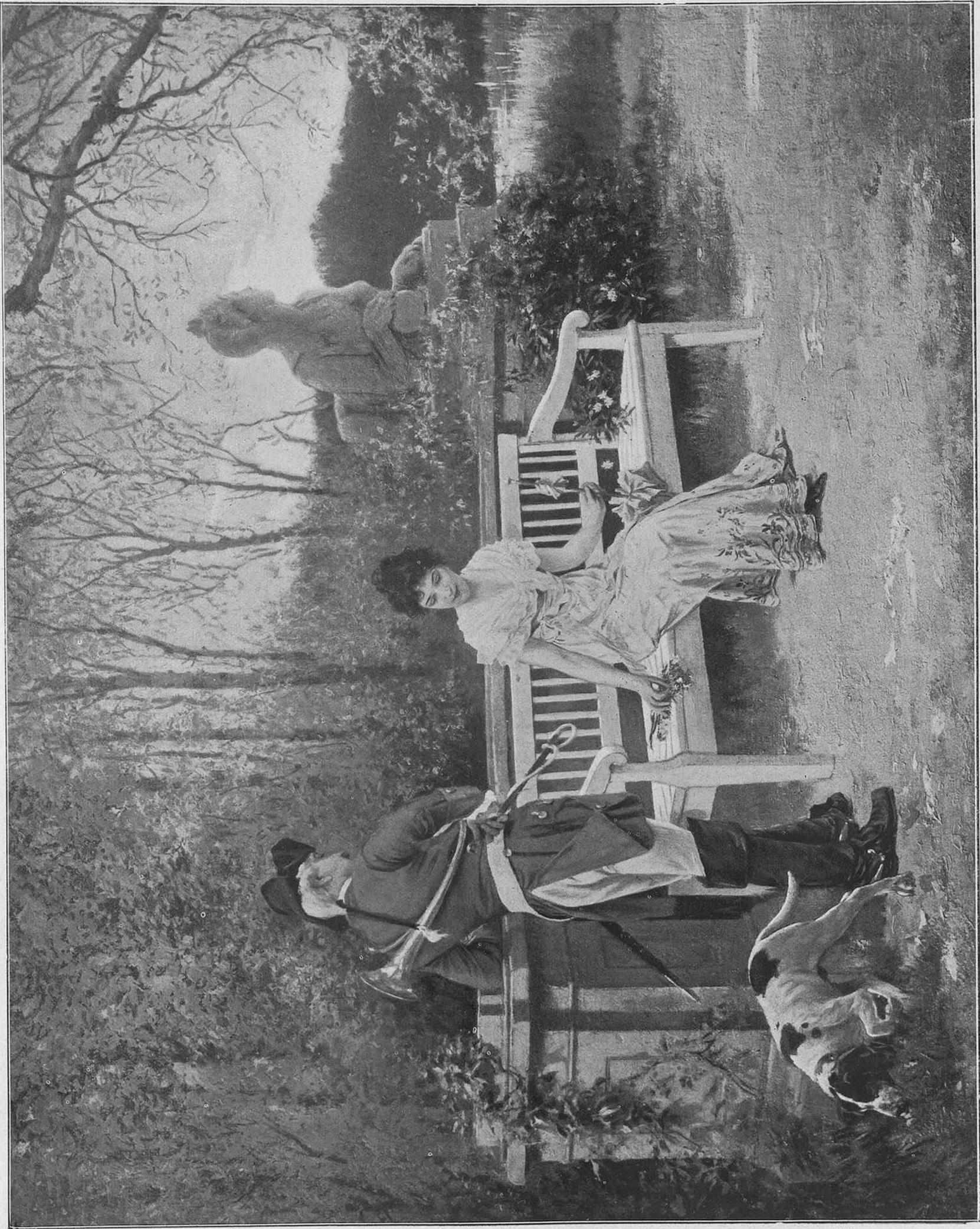


Patrulla avanzada rumana efectuando una exploración cerca de las líneas enemigas. El personaje que se ve en el centro es un sacerdote, de los muchos que acompañan al ejército en sus operaciones



LA DIVINA ALIANZA,

cuadro de F. G. Swaish que ha figurado en la Exposición de la Real Academia de Londres de 1916. (De fotografía de Enrique Dixon e hijo.)



DURANTE LA CACERÍA, cuadro de J. R. Whele. (Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)

MADRID. - SOLEMNES FUNERALES POR EL ALMA DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ I DE AUSTRIA-HUNGRÍA. (Fotografías de J. Vidal.)

Con extraordinaria solemnidad celebráronse el día 5 de este mes en la iglesia de San Francisco el Grande los funerales dispuestos por la embajada de

pañado de todo el personal de la embajada, y después de revistar las fuerzas del regimiento de León, entró en el templo bajo palio y ocupó el trono, que

presentaciones oficiales, comisiones militares, personal palatino, etc., llenando el resto de la iglesia numerosos invitados, entre ellos toda la colonia



Interior de la iglesia de San Francisco el Grande durante los funerales

Austria Hungría en sufragio del alma del Emperador Francisco José I.

El templo estaba severamente adornado con tapices y negras colgaduras de terciopelo y delante del mismo hallábase formado el regimiento de León, del cual era el finado Emperador coronel honorario.

Antes de la hora fijada para la ceremonia llegaron el personal de las embajadas de Austria Hungría y Alemania, el gobierno presidido por el conde de Romanones, los representantes diplomáticos de las potencias aliadas de Austria y neutrales, las autoridades y demás invitados. Poco después, en un coche de Palacio y seguido por una sección de la Escolta Real, llegó el embajador de Austria Hungría, príncipe de Furstenberg; la banda de Alabarderos ejecutó el himno austriaco y las fuerzas del regimiento de León tributaron los correspondientes honores.

A las once en punto llegaron al templo, en carroza de media gala, Su Majestad el Rey y Su Alteza el Infante D. Carlos que vestían uniformes de gala de capitán general y de general de división respectivamente y ostentaban algunas condecoraciones austriacas y la banda de la orden de San Esteban de Hungría.

El Monarca fué recibido por el embajador, acom-

estaba situado en el presbiterio bajo y al lado del Evangelio. Enfrente, estaba el gobierno en pleno; y junto al túmulo, al lado de la Epístola, la presidencia del duelo, formada por la embajada austro húngara.

En la parte central del templo se hallaban todos

austro húngara y alemana residente en Madrid.

Durante el acto, la escuadra de gastadores del regimiento de León, que ostentaban las medallas de Francisco José, dió guardia de honor al túmulo, sobre el que se hallaban el pabellón nacional austriaco, la corona imperial y el cetro.

La ceremonia fué solemne, habiendo oficiado el rector de San Francisco el Grande y habiendo cantado la capilla de música la misa en do mayor de Mozart y otras composiciones religiosas de músicos españoles.

Después del oficio, el obispo de Madrid-Alcalá rezó un responso.

Terminados los funerales, Su Majestad salió del templo y se situó en la plaza con Su Alteza el Infante D. Carlos, el príncipe de Furstenberg y el gobierno, presenciando el desfile de las fuerzas, regresando luego a Palacio.

Al acto asistieron muchas familias de la aristocracia madrileña, numerosos generales, diputados y senadores y representaciones del Ayuntamiento y de la Diputación provincial de Madrid y de los altos funcionarios del Estado.

En la plaza de San Francisco y calles inmediatas un numeroso público presenció el desfile de la comitiva regia y de las comisiones.



S. M. el Rey, acompañado del embajador de Austria príncipe de Furstenberg (x), al salir de San Francisco el Grande después de los funerales

los representantes diplomáticos acreditados en la corte, excepto los de las naciones que están en guerra con Austria, con sus secretarios y agregados, re-

## EL CABO SILVESTRE

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA



Se había sentado en la butaquita de la señora Lucía y había cogido en la mano la calceta empezada

Era todo lo que le quedaba de su espléndido pasado; hasta los pocos cabellos de que hacía él un uso tan inteligente, le habían caído, dejándole la cabeza pelada como una calabaza.

Me parecía extraño que yo, doctor en ambos Derechos, pudiese darle a él, médico cirujano, algún consuelo sacado de la clínica; y sin embargo recordé todos los ejemplos de casos parecidos que habían venido a mi conocimiento y que habían terminado por una curación perfecta, y se los enumeré.

Noté que él me escuchaba con atención.

Evité toda alusión a los inquilinos de la casita blanca, esperando que él me hablase de ellos; por último, viendo que se obstinaba en callar, les aludí. Tenía razón el cabo Silvestre cuando me dijo que el grueso doctor había cambiado un poco, y diez veces razón en decírmelo de cierta manera; podía afirmar que estaba desconocido; podía anunciarme, sin la menor exageración, que el grueso doctor había muerto de accidente, y sólo le sobrevivía aquel

doctorcillo tunante, codicioso, astuto y maligno, que casi siempre había permanecido oculto.

Ahora ya no se escondía; mostraba su carita siniestra en la redonda faz de su grueso compañero.

Apenas le hube nombrado al cabo Silvestre, no pudo contenerse; empezó con un acento agrídulce, y acabó por la invectiva.

— El cabo Silvestre, dijo, está bueno; y su señora también; ¡engordan!, gozan de la vida; hacen ejercicios de esgrima para cobrar apetito, y se co-

men sus rentas alegremente. No hay peligro de que tengan un dolor de cabeza; ya verá usted cómo llegan al siglo. Se han metido en la cabeza que han de enterrarme, que los dos deben enterrarme, y ¿quién sabe?., quizá lo consigan. El otro día pregunté a la señora Lucía si vendrá a recitar el *De profundis*, en mi funeral, y no dijo que no; es una excelente mujercita, llena de buenas intenciones.

Traté de reír para convertir en broma estas maliciosas palabras; pero el doctorcillo bilioso prosiguió por boca del doctor paralítico:

— Han metido en su casa una muchacha fea como el accidente; ya no se puede ir allá sin oír los gritos de esa chiquilla, que es una pescadera de Celle... ¿Ha visto usted ese demonio con faldas? Es la niña de los ojos de la señora Lucía y del cabo Silvestre. ¿Y quiere usted saber una cosa inaudita, caballero? ¡Hasta hacen economías! De las setenta liras anticipadas que se me comen cada mes, meten cuarenta en la caja de ahorros de Savona. ¿Se imagina usted la empresa que los esposos Silvestre quieren intentar cuando así hayan reunido un capital? ¿No? Pues yo la sé. Han razonado así: Ahorramos cuarenta liras mensuales durante diez años; con el capital y los intereses compramos la casita a los herederos del doctor Máximo, que entonces ya se habrá ido al otro mundo, y seguiremos cobrando el vitalicio hasta nuestra muerte, después de la cual la casita será de María... Esa horrorosa cantarina semipiterna que usted ha visto allá, se llama María.

Al decirme estas cosas maliciosas y otras que es inútil repetir, yo estaba callado, o me sonreía, para aplacarlo; pero el doctorcillo era implacable, gesticulaba con el único brazo sano, y sacudía el otro.

Estábamos en la calle principal de Albissola; pero él hablaba en alta voz y se agitaba, sin tener en cuenta los transeúntes, sin contestar al saludo de las mujeres que a cada instante le decían amablemente: «¡Buenos días!»

Contestaba yo por los dos, prodigando sonrisas a derecha e izquierda; el paralítico continuaba desahogando su prurito maligno a impulsos de su demonio.

Pero éste, que era un demonio muy ladino, quiso gozar de las manías del doctor hasta lo último, y haciéndole dar un rodeo por un callejón por el cual no pasábamos nunca, lo llevó en derechura al encuentro de los cónyuges Silvestre, que venían poco a poco.

Yo vi a los dos viejos detenerse aterrados a la vista del doctor, y vi al cabo Silvestre mirar a su alrededor buscando por dónde escaparse.

¡Ay!, el callejón estaba encajonado entre dos tapias; quizá hubiera podido escalar una a tiempo, pero el afectuoso marido no se sentía capaz de abandonar en semejante coyuntura a su propia compañera, que no hubiera podido imitar decentemente aquella gimnástica.

No pudiendo huir, el cabo Silvestre tosió muchas veces, y la señora Lucía abrió la boca a una gran sonrisa.

Nos acercábamos; yo, mirando con el rabo del ojo a mi compañero, vi una extraña mueca en sus labios, mueca que me pareció la tentativa de una sonrisa difícil.

Hay que hacerle justicia; aquella sonrisa le salió bien; tanto que el cabo Silvestre cobró ánimos, y a diez pasos de distancia nos gritó: «¡Buenos días!» un poco más fuerte de lo necesario, pero con bastante desenvoltura.

— ¿Cómo está?, preguntó la señora Lucía con una franqueza que emocionó al grueso doctor.

— Yo lo encuentro mejor que la última vez que lo vimos, aseguró el cabo Silvestre, completamente dueño de sí mismo. A usted, caballero, no hay necesidad de preguntarle cómo está; se ve a primera vista; usted está como una pilastra; además, nos hemos visto hace poco. Pero al doctor hacía ya tiempo que no teníamos el gusto de verlo.

— Estoy mejor, realmente, dijo, y cogió con la mano sana la del viejo, que éste no se atrevía a ofrecerle; estoy mejor; tengo gran confianza en los baños.

— Además, exclamó el cabo Silvestre con el temblor de la alegría en la voz; a su edad se vence todo mal. He conocido en Pinerolo un capitán, joven y fuerte, como usted; también tuvo un... una cosa así; cierto es que le duró un año, quizá más, pero poco a poco se repuso y volvió a estar lo mismo que antes... ¿Te acuerdas, Lucía? El capitán Serapio del primer regimiento.

La señora Lucía lo recordaba muy bien; era un hombre audaz con el bello sexo.

— ¡Vive aún!, exclamó la vieja; hemos tenido noticias de él hace poco; y todavía hace la corte a las muchachas.

El doctor pareció escuchar con mucho placer estas palabras, y a juzgar por lo que se leía en su rostro, hubiérase dicho que iba explicando al doctorcillo oculto que, en resumidas cuentas, el cabo Silvestre y la mujer del cabo Silvestre eran dos excelentes personas, y que en el accidente por él sufrido no entraban ellos para nada.

Aun no había preguntado por la salud de los dos viejos.

— ¡Cuánto tiempo sin vernos!, dijo; cuando está uno malparado como yo, no se deja ver fácilmente por las personas que lo han conocido en otro estado; he aquí por qué no nos vemos. Además, la enfermedad no nos estropea en lo físico sin estropear nos un poco en lo moral. Se me ha ido el buen humor, cabo Silvestre.

— Volverá, aseguró la vieja.

— ¡Vaya si volverá!, y queremos que la alegría dure, dijo inconsideradamente el cabo Silvestre.

Se arrepintió en seguida de haberlo dicho, pero se arrepintió demasiado, y éste fué el error.

Yo vi en el rostro del doctor dibujarse la sonrisa amarga del doctorcillo; y para dar al viejo maestro de esgrima el tiempo de reponerse, tomé la palabra.

— ¿Adónde van ustedes?, pregunté a la señora Lucía.

— Yo a la compra, se apresuró a contestar la vieja; él a dar cuatro pasos...

— A dar cuatro pasos, prosiguió él; esta mañana sentía gran necesidad de andar; de algún tiempo a esta parte, tengo una gran necesidad de dar cuatro pasos..., porque siempre tengo poco apetito.

Tampoco esta vez preguntó el doctor Máximo por su salud; y cuando la vieja, tomando en serio las palabras de su marido, lo reprendió porque nunca le había dicho nada, dejándole creer siempre que no le faltaba apetito, tanto más cuanto que, a Dios gracias, no hacía mal papel en la mesa, si yo no hubiese preguntado al cabo Silvestre si estaba enfermo, el doctor seguramente no hubiera hablado.

— Enfermo precisamente no, me dijo el viejo; pero no soy el mismo de antes; solamente el año pasado era otro hombre. Y hasta mi mujer, aquí donde usted la ve, mi mujer, que se asusta sólo por mí y se jacta de no tener nunca nada, tampoco es la misma. El otro día...

— Oigan ustedes lo que me pasó el otro día, interrumpió la señora Lucía; yo estoy bien, nunca he tenido ni un dolor de cabeza. ¿Qué quiere decir que no soy la misma? No comprendo...

Comprendilo yo al punto; el rostro desconsolado del viejo lo dió a comprender todo. Ambos esposos callaron.

El doctor, que no había despegado los labios, se dignó sonreír con indulgencia y dijo:

— ¿De qué se queja usted, cabo Silvestre?

El cabo Silvestre suspiró.

¡Ah! Ni él mismo lo sabía; no dejaba de comer, hasta comía mucho; pero ya no sabía lo que era tener un apetito genuino, y después de comer sentía frío...

— Indicio de salud, notó el doctor.

— Pero después calor, y algún vahido, y a veces un dolorcito... ¿dónde?.. aquí, acullá, un dolorcito que cambia de sitio, que no se fija en ninguna parte.

En la demostración de sus dolencias, el cabo Silvestre se movía todo y gesticulaba mucho.

Aquella tortura duró todavía un poco.

Luego el doctor encontró un resto de su antigua amabilidad.

— ¡Que le pruebe el paseo!, dijo, y consérvense siempre enfermos de esta manera.

Con permiso, los esposos se marcharon.

— ¡Son dos personas excelentes!, concluyó el doctor después de un largo silencio.

## IX

Las dos casetas de Jerónimo hacían fortuna, tanto que se veía con frecuencia a su propietario absorbido por la gigantesca idea de triplicar el número de ellas para otro año.

No sólo iban a desvertirse allí todos los bañistas de Albissola, sino que sucedió que hasta algunas mujeres de otras playas se dejaron tentar por nuestras aguas, ahora que Jerónimo protegía su pudor con las casetas.

Una mañana, toda la colonia masculina de bañistas estaba en admiración, en la playa, ante una belleza vagabunda, que al parecer había venido expresamente de Savona para tomar un baño.

Era una rubia soberbia, aunque algo dolorida, alta, bien formada en cuanto se podía argumentar, y tenía una de esas caras monísimas que tan bien

sientan en un hermoso busto femenino, encuadradas de abundantes cabellos de oro.

La acompañaba un hombre barrigudo y rechoncho, que hacía una figura grotesca con la malla de seda a rayas horizontales.

La rubia incógnita se había metido ya en el mar y nadaba animosamente, avanzando más allá de una boya de salvamento, mientras que sobre la arena de la playa se venían construyendo sobre ella las hipótesis más arraigadas.

No son todas bellas las hipótesis a que da origen una mujer demasiado bella y demasiado incógnita, aparecida de improviso en la playa de un pueblecito de baños; pero quizá estaban casi de acuerdo todos en decir que la incógnita tenía un porte grave, casi severo, de esa severidad de quien ha visto el dolor de cerca.

Un observador más atento, un recaudador de contribuciones directas, que estaba de vacaciones y que no se detenía en la superficie de las cosas, nos hizo notar que la rubia llevaba el corsé debajo del traje de baño; todos habíamos visto además sus diminutos pies calzados con ciertos zapatitos de corcho y tela, atados con una cinta de seda azul, y sabíamos que debajo del traje y probablemente sobre el corsé adivinado por el recaudador de contribuciones, la nadadora llevaba una malla blanca, cuyas mangas largas bajaban hasta las muñecas, para no exponer al sol su blanco cutis.

Hasta había conservado un brazalete de oro, a pesar del sabio consejo de Jerónimo, que se había creído en el deber de avisarla a tiempo.

Un coche de dos caballos esperaba, bajo un arco del puente, que el baño de los dos desconocidos mal aparejados hubiese concluido, para llevarlos seguramente a Savona otra vez.

Mientras tanto el señor barrigudo nadaba como una boya en las aguas bajas; sus movimientos lo conducían lentamente hacia su bella compañera, alcanzarla nunca; y cuando ésta se detenía un instante para esperarlo, él no lograba tenerla a su lado.

Uno tras otro, los admiradores fueron a desvestirse a distancia; sólo quedamos dos: el recaudador de contribuciones y yo; él lo decía claramente: quería ver a la hermosa bañista en el acto de salir del agua, porque entonces las formas se adivinaban mejor, yo esperaba al cabo Silvestre, con quien estaba citado para las once en punto.

El baño de la Venus rubia no fué largo; la bella desconocida no tardó en salir del agua con la cabeza baja, porque el recaudador de contribuciones no apartaba de ella la vista.

Pasó casi rozándonos sin mirar a su alrededor; venía separando el faldón del traje que el agua le había pegado a las caderas, y meneando ligeramente el cuerpo, como suelen hacerlo las bañistas novicias cuando temen dejar adivinar su desnudez, y como hacen también por coquetería las bañistas experimentadas que temen que sus atractivos no tientes bastante a los adivinadores del otro sexo.

Yo me preguntaba a cuál de las dos categorías pertenecía aquella desconocida, y antes de que desapareciera en la caseta aun tuve tiempo de notar una magnífica trenza rubia escapada a la redcilla y a la peineta, pero no al recaudador de contribuciones, el cual me aseguró haber visto de lejos que la señora se mojaba una trenza.

— Ahora, me dijo, para secarla tendrá que venir al sol con el cabello suelto; y si Dios quiere la veremos con el manto blanco; será un bonito espectáculo. ¿Usted cree que yo tengo ganas de perderlo?

¡Qué había yo de creer! El recaudador no era hombre que renunciara ni a un ápice de la poca gracia de Dios que cae en el atribulado camino de un empleado público.

En aquel momento dieron las once en el reloj de la iglesia, y yo me volví con la seguridad de ver al cabo Silvestre, que era escrupulosamente puntual.

El viejo estaba sentado en un banco de piedra; a unos veinte pasos de distancia; en seguida me indicó con un cansado gesto que fuese hacia él.

Acudí; me estrechó la mano entre las suyas, y fijando en mi rostro sus ojitos brillantes, me dijo esta única palabra, que lo explicaba todo:

«¡Rosita!»

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Había vuelto? ¿Había ido a la casita blanca?

Él hacía señales negativas con la cabeza, porque estaba ansioso y el corazón le palpitaba con demasiada fuerza.

Luego señaló el mar y dijo:

— ¡Allí! ¡Allí!

Sí, Rosita estaba allí, en la caseta de Jerónimo;

se le había aparecido al viejo maestro de esgrima como una visión; pero aquel momento había bastado.

¿Era posible?... ¿La bellísima rubia?

¿La que había salido del agua momentos antes, que llevaba una trenza suelta, un traje de baño azul ribeteado de blanco?..

¡Aquella, sí; aquélla era Rosita!

— ¡Cómo ha cambiado!, murmuró el cabo Silvestre.

— ¿Está usted seguro de no haberse equivocado? Se dan casos de un parecido tan grande...

Me miró bien y me sonrió melancólicamente. Y después de una breve pausa, dijo:

— ¡La hemos querido demasiado!

En aquel momento salía del mar el compañero de la hermosa rubia, más rechoncho que antes.

— Mire, le dije, mire aquel señor; ha venido con ella.

Mi viejo amigo fijó la mirada en el hombrecito barrigudo, lo siguió en todos sus movimientos oscilatorios, y cuando hubo desaparecido en la otra caseta de Jerónimo, el maestro de esgrima inclinó la cabeza sobre el pecho, y me contestó:

— ¡No es él!

— ¡Él! ¿Quién?

— ¡No es el oficial de caballería!

¡No podía ser él!

El cabo Silvestre me explicó ingenuamente en qué se fundaba para deducir que no era él.

Sólo había visto dos veces al oficialillo; pero recordaba bien que era rubio, ágil, incapaz de echar barriga.

— Ella no sabe, prosiguió el viejo mirando fijamente a la caseta; ella no sabe... Si supiese que yo estoy aquí, tan cerca de ella, estoy seguro de que correría a echar los brazos al cuello del viejo papá Silvestre que ha llorado por su culpa. Pero no lo sabe, y quizá vale más que no lo sepa. Padecería demasiado. Pero ¿ha visto usted qué destino, caballero? ¡Qué destino!

Inclinó otra vez la cabeza y dirigió a la caseta de baño una mirada que era un caricia.

— ¿Qué debo hacer?, dijo. Quisiera verla, y que ella no me viese a mí por no afligirla, y quizá, si supiese que estamos aquí..., diga usted..., si ha conservado el corazón de antes, ¿es posible que no quiera a su papá y a su mamá? Porque nos llamaba papá y mamá.

Buscó con los ojos a la señora Lucía, sabiendo que no podía estar lejos.

— Ha ido a comprar agujas para hacer media, me dijo el viejo, y no sé qué más; si tarda en venir, nuestra criatura se nos va; y si llega a tiempo, sin estar preparada, peor; como si lo viera: empieza a sollozar y llama la atención. Y yo, mientras tanto, ¿qué debo hacer para no llamar la atención?

Aconsejé a mi viejo amigo que fuese a echarse sobre la arena, como un bañista cansado, con un ancho sombrero de paja que le cubriese la cara; así podría ver sin ser visto; yo iría en busca de la señora Lucía para enterarla de lo ocurrido.

El cabo Silvestre buscó otro medio, pero no encontrando ninguno, se atuvo a mi consejo; lo vi acercarse como un ladrón a la caseta en que aun se escondía la hermosa rubia, lo vi caer en la arena y calarse el sombrero sobre la frente, precisamente en el momento en que la caseta de Jerónimo restituía la Venus al aire libre, al sol y al paciente recaudador de contribuciones.

Como este sabio había previsto, la desconocida reapareció envuelta en una amplia capa blanca, atada a la cintura por un grueso cordón de lana azul, y con el cabello suelto que le caía sobre la espalda.

Llegó hasta mí un gemido escapado de debajo del sombrero del viejo maestro de esgrima, pero el cabo Silvestre no se movió, y yo me fui en busca de la señora Lucía.

No anduve mucho; la vieja estaba en una tienda de la esquina, ocupadísima en escoger las agujas de hacer calceta, hincándose muchas en el pecho antes de aceptar una.

Al verme, me salió al encuentro.

No había preparado yo mis palabras para darle la noticia, y no sabía cómo empezar.

— Adivine usted, le dije, quién ha venido a la playa..., quién acaba de tomar un baño y quién está allí al sol secándose.

La buena señora nombró al doctor Máximo, nombró a su marido...

— No sé, dijo después, levantando la cabeza para mirarme en los ojos, mientras la conducía hacia la playa.

— ¡Procure adivinarlo!, añadió.

Y ella balbuceó súbitamente:

— ¡Rosita!

Le venía explicando los escrúpulos del marido, y la manera imaginada por mí para que pudiese verla sin que la joven lo viese a él, cuando se detuvo de repente.

La había visto.

— ¿Es ella, realmente?, le pregunté.

Pero, en vez de contestarme, la vieja me dejó, después de estrecharme la mano, y fué a meterse detrás de una caseta.

Yo me acerqué a la buena señora, que asomaba su cabeza cana entre las dos casetas, y, tapándose la boca con las manos llamaba en voz baja:

— ¡Rosita!.. ¡Rosita!

De pie en la playa, con la cabeza descubierta, Rosita ostentaba con desenvoltura su belleza.

Cuando echaba la cabeza atrás, para que los cabellos se separasen de la espalda, y daba al recaudador de contribuciones seguros indicios de otros encantos secretos, parecía que con la desenvoltura se mezclaba un poquito de coquetería.

Pero no era así, porque nunca se dignó mirar si la miraban, y no hacía a los bañistas del sexo feo ninguna limosna, mientras que así exponía su belleza al sol.

— ¡Cielos!, ¡qué hermosa es!, murmuró la señora Lucía. ¡Rosita!.. ¡Rosita!

Busqué con la vista al cabo Silvestre; revolviéndose en la arena a fin de no perder de vista un momento a su criatura, el viejo había practicado un hoyo en el que desaparecía casi completamente, pero aún estaba allí; el sombrero que le cubría la cara dejaba asomar la canicie de su ensortijado cabello.

Jerónimo, que tenía el privilegio de recibir las confidencias y dar consejos a los bañistas, hacía un rato que acechaba su presa, y no había de tardar en acercarse a la bella desconocida para hacer una crítica severa, pero justa, de los baños de Savona tomados en el puerto, cuyas aguas son constantemente ensuciadas por la basura de los buques, y para elogiar sin sombra de falsa modestia la transparencia de las aguas de Albissola, la frescura, la libertad y demás delicias de la playa de Albissola.

— ¡Si supiese que estamos aquí, dijo la señora Lucía, a pocos pasos! Cuando entre en la caseta para vestirse, no me separará de ella más que una tela; sentiré todos sus movimientos... Mire usted, caballero; ahora pasa rozando materialmente con su viejo papá; casi le ha puesto el pie encima, y no sabe ni sospecha nada. Mire usted... ¡Cómo debe palparle ahora el corazón al pobrecito!

— ¿No quiere usted dejarse ver?, pregunté a la anciana.

— ¡Ah, no! Sufriría, la pobre... Si hubiese querido vernos, sabía muy bien dónde nos había dejado. Pero quizá, si supiese que estamos en Albissola... ¿Aquel señor gordinflón es su marido?

— Es posible...

— ¡Entonces!.. ¡Entonces!.. Pero ¿cómo hacer para que sepa que estamos en Albissola, de modo que nos vea si quiere, y pueda irse sin vernos, si no quiere?

— Déjeme hacer a mí, le dije.

Llamé a Jerónimo y le encargué el negocio. Un negocio fácil. No contentándose con elogiar la marina de Albissola, debía describir la comodidad del país, los ómnibus, el ferrocarril, el servicio de correos y telégrafos, el adoquinado de las calles; alabar al alcalde, al secretario del Ayuntamiento, al boticario, y dejarse decir que Albissola poseía hasta un viejo maestro de esgrima de Pinerolo, el cabo Silvestre...

Primeramente Jerónimo me miró bien para ver si adivinaba algo, y luego dijo:

— No comprendo, pero déjeme hacer.

Y se fué en seguida.

Momentos después volvía a estar al lado de la bella bañista.

Su discurso fué largo. Por los gestos, pude seguir todas las fases y adivinar casi las palabras de su relato.

Primero presentó a la señora la palma de la mano abierta, y yo comprendí que explicaba la cuestión de la brújula, para venir a hablar de un demonio de viento, que movía marejada y a cada instante le obligaba a transportar más atrás las casetas de baños.

Después de haber llenado de improperios al maldito siroco, Jerónimo le hacía una postrer injuria pronunciando mal su nombre, que en sus labios se convertía en un viento archiloco.

Después Jerónimo hizo un gesto amplio para indicar la extensión que había de tomar en lo futuro su establecimiento de baños, cuando las dos casetas se hubiesen multiplicado; y finalmente entró en el discurso tranquilo que se refería a las personas.

En cierto punto, Jerónimo, extralimitándose sin saberlo, señaló al hoyo donde, a unos veinte pasos, yacía el cabo Silvestre con el sombrero delante de la cara.

Fué un momento de angustia.

Vi a la hermosa rubia volver la cabeza hacia aquella dirección, y entrar luego rápidamente en la caseta.

La señora Lucía se agachó, mientras que el cabo Silvestre, después de levantarse, vino a nuestro encuentro despacio, sin cuidar ya de no llamar la atención.

— Ahora lo sabe todo, le dijo su mujer con voz quebrantada; le han hablado de ti, ha mirado hacia el sitio en que estabas, te ha visto, y no se te ha echado al cuello. ¿Qué hacemos aquí? Nos podemos marchar.

Efectivamente, nos marchamos los tres en silencio, pero antes de atravesar la arcada del viaducto, los dos viejos se detuvieron para volverse.

El hombrecito rechoncho salía entonces de su caseta; con su albornoz blanco y la capucha puesta, parecía un fraile, sino que fumaba un grueso cigarro.

Nosotros proseguimos silenciosamente nuestro camino.

— ¿Aquél es su coche?, preguntó la señora Lucía.

Hice una señal afirmativa y seguimos andando.

El cabo Silvestre no decía nada; caminaba cabizbajo y se pasaba de vez en cuando una mano por los canosos cabellos.

Al llegar al puente, se sentó en un banco de piedra.

— Yo me estaciono aquí, dijo; quiero verla partir.

La señora Lucía se sentó también en el banco de piedra.

Y lo mismo hice yo.

— Hablen ustedes de Rosita, les aconsejé; digan de ella en alta voz lo que piensen.

— Es verdad, dijo la señora Lucía; nunca me la podré sacar de la cabeza; la veré siempre como una fantasma blanca, con los cabellos sueltos, caídos por la espalda... Nuestra Rosita era muy distinta; llevaba el cabello recogido en la nuca, y un vestido de percal a rayitas blancas y azules; le gustaba el color azul. Siempre que pensaba en esa desgracia da, la veía así, con su vestido; ahora ya no puedo, se ha vuelto una gran señora, y, seguramente, ese hombre que la acompaña no es su marido...

El cabo Silvestre permanecía con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin pronunciar una palabra.

— Diga usted, caballero, continuó la anciana; si ese hombre fuese su marido, si Rosita hubiese continuado siendo la buena muchacha de antes, no hubiera podido ver a su viejo papá, tendido allí, como un guinapo sobre la arena, sin darle un beso, sin decirle una de aquellas palabras que tan bien había aprendido a decir...

Permanecimos en el banco de piedra adosado al pretil sin que el carruaje saliese de la sombra del viaducto.

Vimos abrir la portezuela; vimos dos diminutos pies bien calzados apoyarse en el estribo y desaparecer.

Luégo oímos el ruido de la portezuela que se cerraba.

Pero no vimos más, porque los dos viejos lloraban cabizbajos y yo miraba a mis dos viejecitos.

Cuando éstos levantaron la cabeza, el coche había desaparecido, Rosita se había marchado.

La alegre voz de María, traída por un vientecillo de tierra, nos salió al encuentro hasta el camino de las moreras.

El cabo Silvestre, que iba un paso delante, se volvió para mirar a su mujer.

No se sonrió.

La señora Lucía, tocándose el brazo, dijo:

— ¡Ésta, al menos, está siempre contenta, canta siempre!

Y había una sombra de mal humor en sus palabras y en el silencio con que fueron acogidas por el viejo maestro de armas.

María, en efecto, cantaba siempre; su voz alegre iba por la casa y salía por las ventanas abiertas como otros tantos sonidos.

Ya estábamos en la puerta de la casa y María aún nos aturdiría cantando.

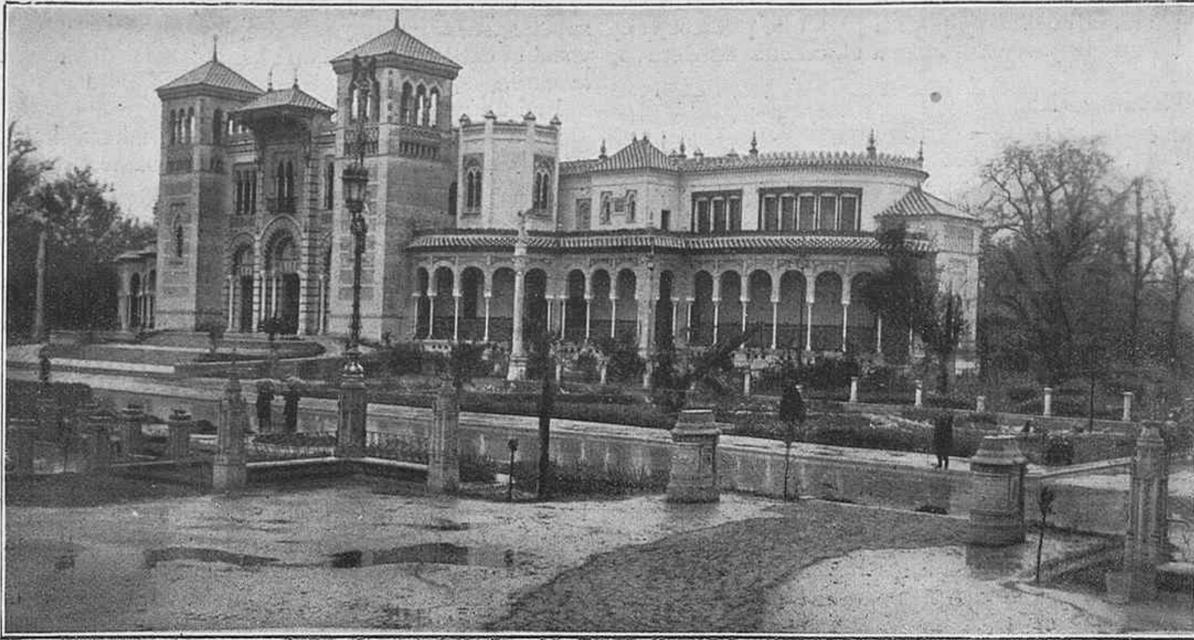
— ¡Tienes hoy muchas ganas de cantar!, le dijo el cabo Silvestre, desde la puerta de la cocina.

María calló de repente.

— ¡Menos mal!, exclamó la señora Lucía; ya era hora de que callase.

Se miraron uno a otro y me miraron a mí, imaginándose haberme dado un indicio seguro de su mal temperamento.

(Se continuará.)

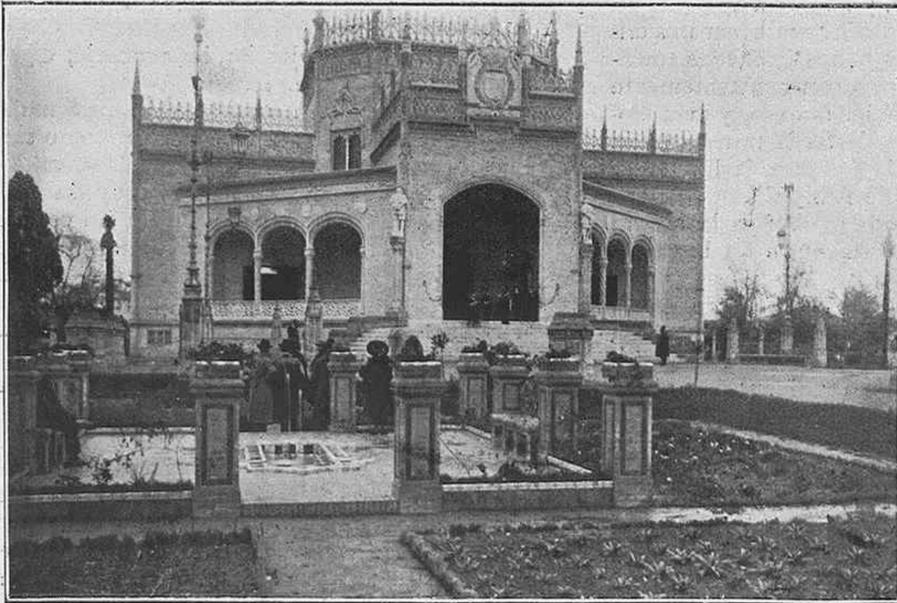


Sevilla. - Vista general del gran palacio de la futura Exposición Hispano-Americana

S. M. el Rey D. Alfonso XIII ha efectuado recientemente una excursión a algunas poblaciones de la provincia de Jaén y a Sevilla, habiendo sido la primera visitada Menjíbar, donde inauguró la fábrica de electricidad de la Compañía Mengemor.

En la estación esperaban al Soberano las autoridades, representaciones de entidades oficiales y numeroso público, que tributaron al augusto viajero una ovación entusiasta.

La comitiva regia púsose en el acto en marcha, dirigiéndose al salto de las Escalas, propiedad de la Compañía Mengemor, y después de servido, en un pabellón preparado al efecto, el desayuno a S. M. y a sus acompañantes, el Monarca pasó a inaugurar la nueva casa de máquinas. Un sacerdote dió la bendición a la fábrica y S. M. descubrió la lápida conmemorativa de



Aspecto de una de las terrazas de la Exposición

la inauguración y de la visita regia, haciendo luego funcionar las compuertas y las turbinas.

Con el magnífico salto del Guadalquivir obtiene la Compañía Mengemor energías de 70.000 voltios en una central soberbia, desde la cual envía fuerza a una distancia de 150 kilómetros.

La presa ha sido construída con un sistema de compuertas que permite obtener un nivel constante, sea cual fuere la crecida del río; es la primera en su género levantada en España según este sistema, gracias al cual el salto tiene siempre igual fuerza y sin oscilaciones.

D. Alfonso visitó después las fincas de San Rafael, El Rincón y San Ildefonso, propiedad del Sr. Prado Palacio, y la del Pilar, en donde se sirvió el almuerzo.

Terminado éste, salió el Monarca para Andújar, siendo objeto de entusiastas manifestaciones en todo el trayecto.

En Andújar, el vecindario en masa aclamó al Soberano y lo acompañó al templo de Santa María, adonde había sido conducida desde su santuario la milagrosa imagen de la Virgen de

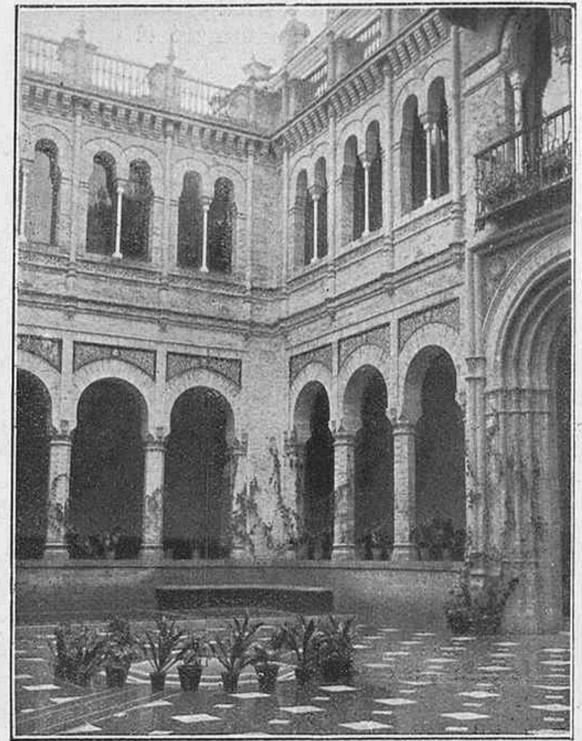
la Cabeza. El Rey adoró la imagen y ofreció regalar un nuevo manto a la Virgen.

Después de una recepción en el Ayuntamiento, regresó S. M. a la hacienda del Pilar, en donde se sirvió un espléndido lunch, y seguidamente se trasladó a la estación de Espeluy para tomar el tren de Sevilla, adonde llegó a las once y cuarto de la noche, siendo recibido por las autoridades, el cardenal Almaraz y los diputados por aquella circunscripción.

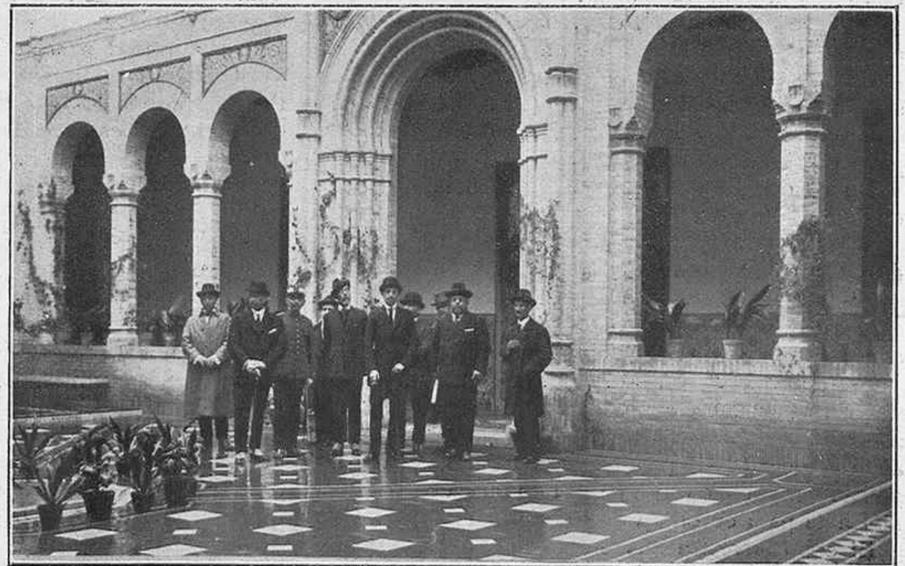
Pernoctó el Monarca en el Alcázar y a la mañana siguiente marchó con las personas de su séquito a la finca de Las Javillas, propiedad del Sr. Cameño, para tomar parte en la carrera organizada en su honor. A las siete de la tarde regresó a Sevilla.

## VIAJE DE S. M. EL REY A MENJIBAR Y A SEVILLA

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

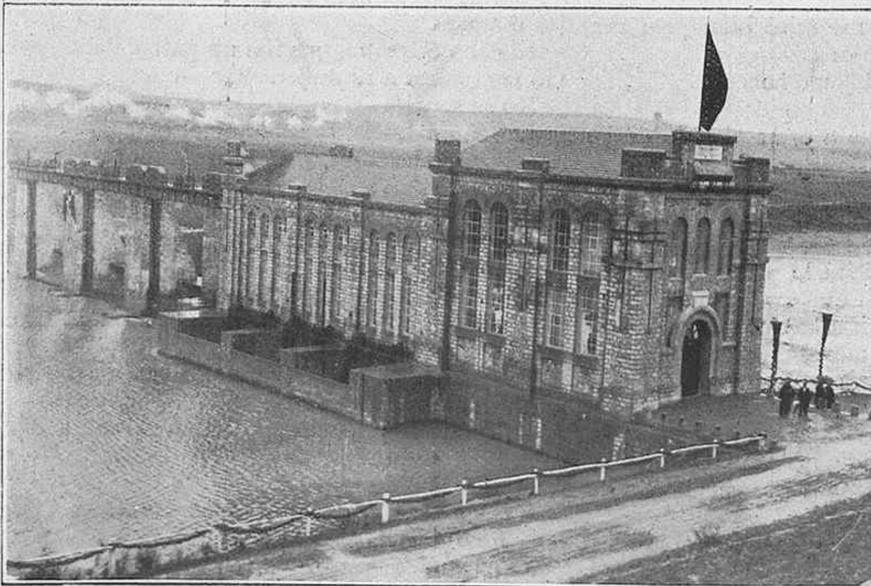


Vista de uno de los patios



S. M. el Rey visitando el gran patio árabe central

Al día siguiente visitó las obras de la Corta de Tablada, informándose de lo muy adelantados que se hallan los trabajos, y luego estuvo en la Venta de Antequera, regresando después al Alcázar, en donde recibió en audiencia a todas las autoridades. Por la tarde fué al chalet del Tiro de Pichón y visitó los edificios en construcción de la Exposición Hispano-Americana, y en el expreso salió para Madrid, siendo objeto de una cariñosa despedida.



Vista de la casa de máquinas de la Hidroeléctrica de la Compañía Mengemor, inaugurada por S. M. el Rey. - S. M. recorriendo y examinando las compuertas de la presa

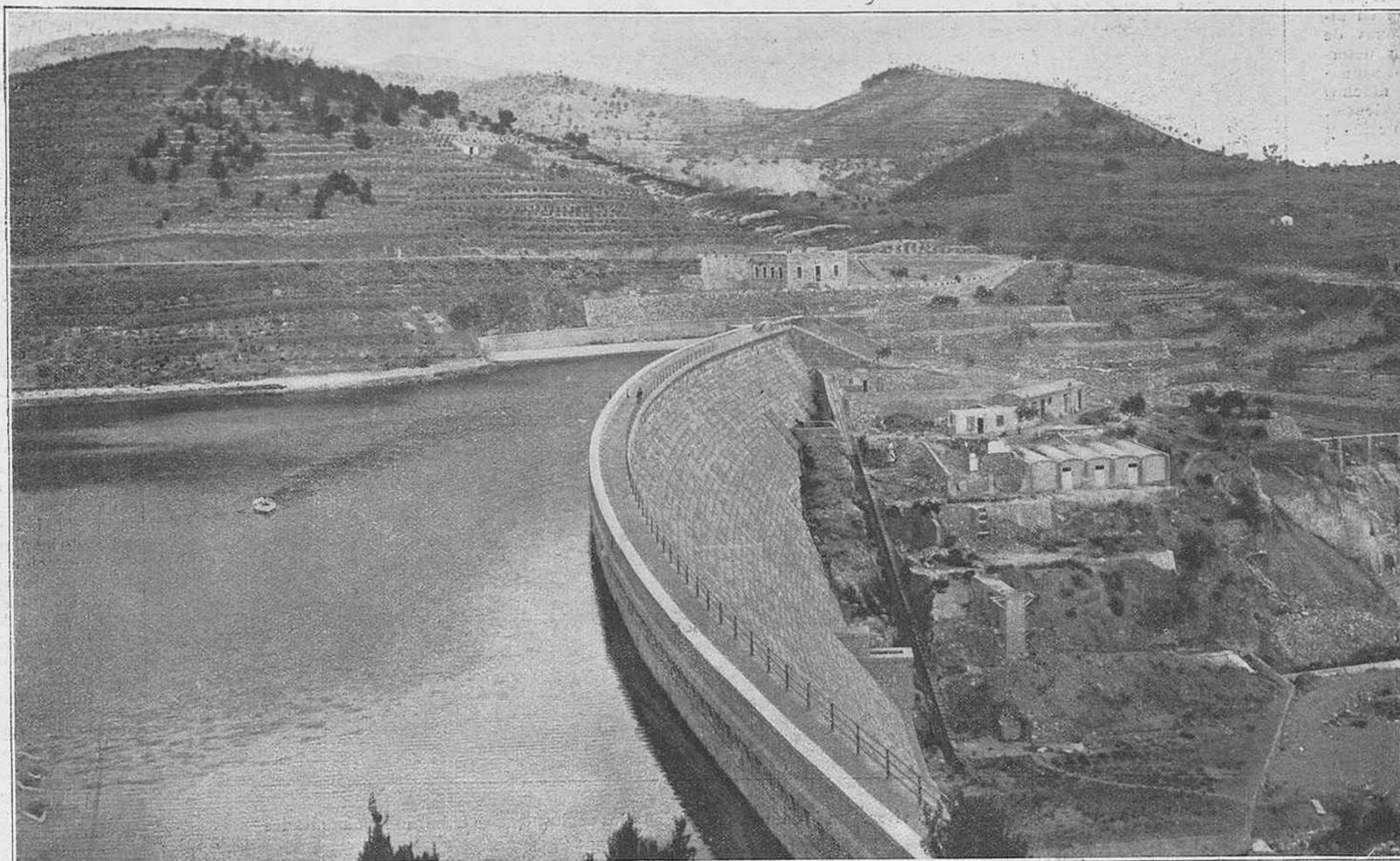


EL PANTANO DE RIUDECAÑAS

Este pantano, cuyo objeto es asegurar los riegos ya establecidos, extender este poderoso elemento

superior, otro semejante invertido, para evitar la terminación de la presa en una arista y disponer de un camino para el paso de una a otra ladera. Las dimensiones de la presa son las siguientes:

agua a distintas alturas. Hay dos desagües de fondo capaces de un gasto máximo cada uno de 30 metros cúbicos por segundo y cerrados por dobles compuertas metálicas. En la ladera izquierda se ha



El pantano de Riudecañas, cuya inauguración se efectuará a primeros del año próximo. Vista de la presa enclavada en la riera de Riudecañas y que tiene una longitud, en la coronación, de 220 metros. (De fotografía de José J. Obradors.)

de cultivo a 1.500 hectáreas de terreno y remediar la penuria de agua que sufre durante los veranos la ciudad de Reus, fué proyectado en 1903 por el Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos D. Cayetano Ubeda y Sarachaga.

Aprobado técnicamente el proyecto por Real orden de 23 de noviembre de 1903, por Real decreto de 12 de julio de 1904 se autorizó la realización de las obras por el sistema de Administración.

El día 4 de octubre de 1904, el Excmo. señor D. Manuel Allende Salazar, en aquella sazón ministro de Fomento, colocó la primera piedra; pero en realidad no se dió principio a los trabajos hasta el mes de mayo de 1905.

En octubre de 1907, se abandonó todo lo hecho en el antiguo emplazamiento y se empezaron las obras donde hoy está situada la presa. En 14 de febrero de 1905 se encargó de la dirección de los trabajos el Ingeniero D. Pedro Pérez de los Cobos, que cesó en 1.º de febrero del siguiente año, sucediéndole en la dirección D. José Rodríguez de Rivera, quien, a su vez, cesó en 20 de diciembre de 1907, fecha en que se hizo cargo de la misma D. José Pérez de Petinto.

La presa del pantano está enclavada en el cauce de la riera de Riudecañas, 475 metros aguas arriba del puente del pueblo del mismo nombre; su forma, en planta, es la de un arco de 300 metros de radio, cuya convexidad mira hacia aguas arriba, y su sección es triangular y está calculada por el procedimiento de Levy; si bien a este triángulo se adosa, en la parte

altura sobre el envase de cimientos, 35,50 metros; profundidad media del cimiento, 6 metros; ancho de la presa en la base 30 metros y en la coronación 2,60; longitud en la coronación, 220.

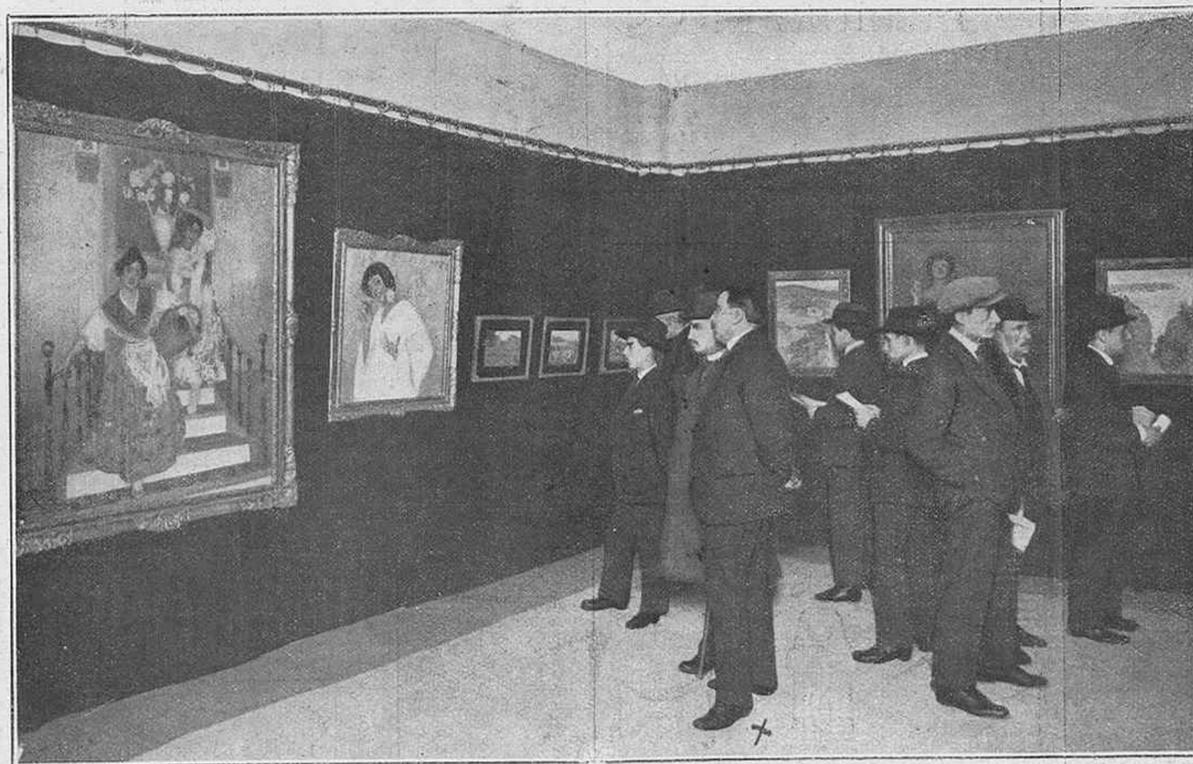
El envase de cimientos se encuentra a 175,40 metros sobre el nivel medio del mar.

La presa cubica 73.084 metros; los paramentos, en un espesor de 2,50 metros, son de mampostería de grandes bloques, y el interior es de hormigón

construido un aliviadero que puede desaguar 220 metros cúbicos por segundo.

El embalse tiene una capacidad de 3.200.000 metros cúbicos, una longitud de 1.850 metros, una anchura máxima de 1.000 y una superficie máxima de 270.000 metros cuadrados.

El canal de derivación tiene 15.536 metros de largo y hay en él 9 túneles, de una longitud total de 2.270 metros, 22 sifones de una longitud de 834 metros, y 8 caños.



Barcelona. - Inauguración de la Exposición de obras del pintor B. Gili Roig (x) que se celebra actualmente en el Círculo Artístico. (De fotografía de nuestro reportero Á. Merlettj.)

con bloque, es decir de la fábrica llamada mampostería hormigonada.

La toma de agua para el canal de derivación se halla situada en la ladera izquierda y a 7,50 metros sobre el lecho de la riera; está provista de un cierre de compuertas, en el paramento posterior, y en el anterior, de cuatro válvulas que permiten tomar el

Cataluña y de Mallorca, y en unos y otros ha sabido Gili no sólo reproducir con sumo acierto el aspecto externo, sino, además, revelar el alma de aquellas gentes y de aquellas naturalezas tan distintas.

La exposición es muy visitada y el Sr. Gili Roig recibe por ella muchas felicitaciones, a las que unimos las nuestras.

BARCELONA

EXPOSICIÓN GILI ROIG

En el número 1.822 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de reproducir algunos cuadros de Gili Roig, elogiamos las excelentes dotes que adornan a este artista.

La notable exposición que actualmente celebra en el Círculo Artístico es una justificación de cuanto entonces dijimos, pues constituye una manifestación elocuente de las variadas aptitudes del pintor, que con igual talento cultiva la figura y el paisaje, y dentro de cada uno de estos géneros, las más diversas modalidades. Hay entre los 40 cuadros expuestos tipos andaluces, valencianos y catalanes, y paisajes de Castilla, de Andalucía, de Valencia, de

GRANDES INUNDACIONES EN LAS PROVINCIAS DE LEVANTE. LA INUNDACIÓN DE ALCIRA

Los grandes temporales ocurridos en los últimos días del pasado noviembre en algunas provincias de Levante, han determinado terribles inundaciones en muchos pueblos de Valencia, Castellón, Alicante y Murcia.

Una de las poblaciones en donde la inundación ha revestido caracteres más graves ha sido Alcira. El río Júcar, al desbordarse, interrumpió las comunicaciones y derribó los postes eléctricos, dejando a la ciudad a oscuras, lo que hizo más terrible la situación de aquellos habitantes.

La crecida del río comenzó en las primeras horas de la madrugada y fué tan rápida que en cinco horas las aguas alcanzaron cinco metros de altura, superando el nivel a que llegaron en la célebre inundación de 1884.

El vecindario, que se hallaba entregado al sueño, apenas si se dió cuenta del peligro hasta que amaneció; entonces, ante la imposibilidad de salir de las casas, subieron los vecinos a los tejados y comenzaron a pedir auxilio.

Al tener noticia de la situación apuradísima en que se encontraba Alcira, salió de Valencia un tren de socorro, que se vió obligado a retroceder desde Algemés. Poco después organizó un segundo tren que conducía ocho embarcaciones, treinta y seis marineros, el Ingeniero Jefe de la División hidráulica del Júcar, el teniente de la Guardia civil y otras personas, y un vagón con víveres.

En Algemés, los expedicionarios ocuparon las embarcaciones y emprendieron la arriesgadísima travesía hacia Alcira, combatidos por el viento y contra la corriente de las aguas, y logrando salvar, antes de llegar a Alcira, a varios individuos a quienes la inundación había sorprendido en las afueras. Entre los salvados había un guardabarrera y un matrimonio con tres hijos a quienes arrastraba la corriente.

A las siete de la tarde con-iguieron los heroicos salvadores entrar en Alcira; pero el ímpetu de la corriente les impidió por lo pronto prestar auxilio a nadie. Una de las barcas, sin embargo, logró llegar hasta los arrabales, salvando a numerosas familias que se hallaban



Lancha de auxilio repartiendo víveres en las afueras de Alcira a los vecinos que se hallaban incomunicados (De fotografía de V. Barberá Masip.)

en inminente peligro. Al día siguiente, el descenso de las aguas y la llegada de un tren con material de salvamento y víveres permitieron organizar los servicios de socorros; al otro día, la situación había mejorado considerablemente, por haber cesado del todo la inundación y desaparecido el agua de casi todas las calles.

Los daños producidos por el temporal en Alcira son incalculables: se han hundido muchas casas; centenares de árboles han sido arrancados de cuajo por la corriente; multitud de animales han sido arrastrados por las aguas; y se ha perdido una cantidad enorme de naranjas, por haberse derrumbado los almacenes de la estación del Norte en donde se guardaba dicha fruta, que constituye una de las principales riquezas de aquella comarca.

Grandes han sido también los perjuicios sufridos por otros pueblos de la provincia de Valencia y de las de Murcia y Alicante.

En Sueca y Benicliment, poblaciones también inundadas, la avenida destruyó los muros de contención y el agua produjo

enormes daños en las huertas, viéndose muchos vecinos obligados a encaramarse a los tejados de sus viviendas. En Manuel, se desbordó el río Albaida, inundando diversas calles; en Cullera, el Júcar inundó la parte baja del pueblo; en Játiva, la crecida de los ríos Albaida y Cañete ha destruido el acueducto que surtía la población y ocasionado desperfectos de consideración en la fábrica de luz eléctrica.

En Murcia, el río Segura alcanzó una altura de más de cinco metros sobre su nivel ordinario, habiéndose inundado la huerta y derrumbado varias casas de los partidos rurales, donde las lanchas enviadas desde Cartagena salvaron numerosas personas y distribuyeron gran cantidad de víveres.

En todos los pueblos inundados los individuos de la Guardia civil han prestado admirables servicios, logrando salvar de una muerte casi segura a multitud de familias, con exposición de sus propias vidas en muchos casos.

Paris

Date de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

16 St-Denis

**DICCIONARIO**

de las lenguas española y francesa

por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**AVISO A LAS SENORAS**

**EL ANIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE**

CURA

**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**THE XVII<sup>th</sup> CENTURY GALLERY OF OLD MASTERS**

(LA GALERÍA SIGLO XVII DE ANTIGUOS MAESTROS.)

23, OLD BOND STREET

LONDON (ENGLAND)

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.

Buenas adquisiciones. Correspondencia. Se invita a la inspección.

**HOMBRES**

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida a la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

**DENTIFRICOS HIGEIA**

ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

**HIPOFOSFITOS SALUD**

COMBATE

**ANEMIA**

**ESCROFULISMO**

**NEURASTENIA**

**INAPETENCIA**

**ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN